

Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

Francisco Verdugo

— Gobernador de Luxemburgo. —

Educación.

ERASE España en aquella centuria de esplendorosas supremacías, de hazañosas empresas, de preponderantes actuaciones que erigieron la envidiada escuela donde inteligencias y bizarrías refrendaron «que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza», como «la ciencia no embota el hierro de la lanza, ni hace floja la espada en la mano del caballero». Erase España en aquella etapa de brillante aureola en que, hermanadas la Cruz y la Espada, abrieron hondos surcos que, acogiendo en su seno la semilla del holocausto, trocaban las más áridas zonas en vergeles de gloria, aromados por férvidas devociones de honor y de amores.

Cuando así era España, tan grande que, no cabiendo en su inmarcesible grandeza, preciso fué que el genio de la raza la ofrendara un mundo para irradiar los fulgores de la colosal diadema que labraran los Reyes culminadores de la Unidad Nacional, viene a ensalzar tanta magnificencia el Soberano que, nacido en Gante y heredero del Real Solio de San Fernando, acrecienta el joyel de los lauros de España engarzando a su imperial corona los dilatados Estados de Flandes. Y si, en todas las edades, el alma española supo

patentizar, con indelebles huellas, que preferentemente fueron esmaltadas las páginas de los anales patrios por la sangre de los mártires y de los héroes, escritas hurtando al sueño las horas del descanso, sublime momento fué, para la interesante y veracísima cooperación del Ejército en la Literatura Patria, la epopeya señaladora de los días en que banderas y estandartes del suelo español ondearan sobre villas y castillos de los Estados de Flandes.

¡Cuán portentosas empresas y homéricos sacrificios añora aquel pretérito hispano! ¡Qué de sentidas decepciones y dolorosos infortunios, también, se eslabonan a momentos de victoriosas jornadas, ya en las peligrosas tierras inundables del caudaloso Rhin o en las laberínticas márgenes del estuario del Escalda; así en las praderas de la melancólica Frisia y en las cuencas carboníferas de Haitnaut, como a la vista de la industriosa Bruselas, de la heroica Haarlén, de la fidelísima Luxemburgo!

Sí. Aún era grande España en la segunda mitad del siglo XVI, por sus artistas, por sus sabios, por sus héroes, por sus santos. Aún atesoraba decididos y alentadores hijos que, peregrinos de su Patria, llevaban por doquier, con los armoniosos ecos del habla hecha para ensalzar a Dios y cantar las hazañas de los héroes, un blasón del más limpio abolen-go: el honor castellano, y una religión de amor: la de Jesús.

Y cual en las ignotas regiones de los Estados de América dejaron tras de sí inmortal recordación hijos de la noble tierra toledana, así en las vastas provincias de los Estados de Flandes, fervorosos en sus creencias y pródigos en sus holocaustos, labraron el preciado cuadro de la Historia de España con hechos asombrosos y lealtades acrisoladas, toledanos que en vida nombráronse Gabriel Niño, Luis de Aguirre, Diego Pérez Arnalte, Andrés Espinosa, Rodrigo Laso, Martín de Ayala, Andrés de Castro, Luis de Ávalos, Alonso Vázquez, Diego de Rojas, Hernando Girón, Diego Ufano, Andrés Cerón, Alonso de Solís, Miguel Hernández y cien más que formaron en el incesante y anónimo desfile del denuedo, de la lealtad, de la laboriosidad y de la bizarria. Toledanos que, si coadyuvaron a acrecentar los timbres

gloriosos de la hidalga comarca de Toledo, señalan cual el prototipo del soldado español a un su compatriota, que desde la modesta clase de arcabucero alcanzó los más elevados cargos de la milicia, y cuyo nombre aureola en el excelso cuadro que enmarcan la inteligencia, la abnegación, la fidelidad y el heroísmo: FRANCISCO VERDUGO.

De aquellas interminables contiendas y numantinas actuaciones sin cuento, que inmortalizáronse con los nombres de miles de españoles, hasta entonces anónimos, de tan portentoso poderío y colosal empeño en sostenerle y acrecentarlo; de aquellos Estados de Flandes tan sólo nos resta la respetuosa evocación del santo nombre de nuestra amada Patria: ESPAÑA; el perenne recuerdo hacia el benemérito toledano que supo mantener en Flandes, siempre con gloria, la reputación y el prestigio español hasta en la inhospitalaria Frisia: FRANCISCO VERDUGO; y la gratitud más acendrada para con el ducado que, fidelísimo a España, protegió la vida y atesora las cenizas y el corazón del Coronel Francisco Verdugo, a cuyo leal soldado distingue como «escudo tutelar de la ciudad y de su patria»: LUXEMBURGO.

Siguiendo al recluta.

MIENTRAS se pelea en Italia Felipe II, envía a sus capitanes a Hungría, Alemania y España a levantar cuerpos de Infantería y Caballería, sin perjuicio del llamamiento general a las armas de sus súbditos «Flamencos».

He ahí la comisión que le trae a nuestra provincia al acreditado capitán toledano Bernardino Martín de Ayala: hacer leva en Toledo, Talavera de la Reina, Ocaña.

Su porte y su cálida palabra despiertan en la garrida juventud varoniles arrestos, ansias de fortunas, effluvios de glorias.

Presentada «la conducta» al corregidor y autorizado el capitán para hacer la leva, previo pregón a tambor batiente, pronto se ve rodeado por chiquillería y gente moza el picaresco soldado que, altivo y brioso, bate en el parche. Un corro femenino es feudo del «alférez galán y embaucador» que rememora tamaños instantes que vió temblar el mundo «bajo su tizona rabitiesa» templada con las aguas que a Toledo bañan; y en el soportal del consistorio, arrellanados en bancos de alto respaldar, el corregidor, algunos regidores y otros señores principales asedian al capitán ávidos de nuevas de la guerra.

Tras prolongado redoblar avanza el locuaz sargento, marcialmente orgulloso de su patriótica misión, y con potente voz, clara y pausada, da a conocer las instrucciones que ha de regir la recluta.

Bajo la bandera del capitán Ayala, advierte, pueden ampararse los mozos más expertos y desconocedores del miedo, corriéndolos el haber de novecientos o mil maravedís al mes, bien sean piqueros o arcabuceros, desde el mismo día del alistamiento, de cuyo sueldo abonarán el costo de las armas, municiones y vestuario; no han de causar daños en los lugares del camino, ni cometer robos ni hurtos, ni

acompañarán a los soldados «rufianes con mujeres, renegadores, ni de mala vida, ni reclamarán alojamientos en iglesias, monasterios, ni casas de oración».

Días más tarde, ya formalizadas las fliaciones, abandona el capitán Ayala las fértiles vegas de La Sagra seguido de nuevos luchadores que, con el hatillo al hombro, marchan gozosos camino de Italia y de Flandes. La recluta fórmanla en mayor número labriegos y menestrales, tan cual cicateruelo de las Tendillas de Sancho Minaya, algún pícaro ducho en la taba y el rentroy, más de un hidalgo «que a la guerra le lleva la necesidad», y segundones refractarios a vestir la sotana o la cogulla, sin faltar protegidos de los Figueroa, Mendoza, Cárdenas, Frías. Todos anhelantes por conquistar estados para su Rey y lauros que ofrendar a la dama de sus ensueños. Y a marchas de seis leguas caminan los alistados, sembrando a su paso por villas y aldeas ecos de júbilo, pausas de envidia, y mezclados en amigable camaradería, en varias jornadas, con trajinantes y arrieros que absortos prestan oídos a los bélicos propósitos que aspiran a realizar los mancebos por tierras lejanas.

Ya consiguieron transponer el áspero altozano que linda la besana manchega. Los de vanguardia, al atisbo del prodigo oasis que brinda frondosa alameda, contigua por suerte a enjabelgada venta, demandan de la cariñosa severidad del capitán un alto en la marcha, y héte aquí coincidiendo el arribar de la recluta con la llegada de rucias cabalgaduras y chirriador carromato que bajo su toldilla cobija a romeriega y fémina juventud.

Ellos, regocijadores, y ellas, risoteras, a los ¡vayas! succense simpatías, rasguear de guitarra, ritmos de rondero trovar; y entre alborozos y..... trasiego de fresco y meloso néctar, que no le va en zaga al de Esquivias ni al de Yepes, déjase que el atardecer se aproxime para reanudar la caminata, y..... preciso es que oficiales y sargento despierten del sugestionador donaire de las mozas para hacer entrar en columna a más de un arriscado y..... arrancar de la venta a quienes se rezagaron dando alojamiento entre los parches del tambor a cuanto garbear pudieron en el corral.

Después.... estelas de polvo que nacen en simultáneas y opuestas direcciones, son indicadoras del zigzaguear de la vereda que asciende hasta el venerado santuario de la Virgen del Carmen, y de la hondonada por donde prosigue su andar la recluta que há días perdiera de vista tierras de Toledo.

Y marchan los muchachos, sin desmayos ni deserciones, rompiendo la plácida calma de la campiña con cantar alegre, enarzando pullas, recordando instantes; y siguen, y siguen días más, avanzando con mayor premura, que ya está próxima la costa y ansían los mozos conocer el mar.

Luego..... es ya a bordo de unos bajeles en donde suspira la vihuela cadencias de seguidilla y desfila la gama folklórico toledana.

Después.... días inacabables y noches que parecen no tener fin van sucediéndose entre horrisonas tormentas, constantes zozobras, evocaciones sin cuento..... a partir de la inolvidable fecha en que abandonaron los futuros luchadores aguas españolas. Y cuando rota la bruma dibújase una costa en lontananza, ¡Tierra!, gritan al unísono centenares de hombres acodados unos y encaramados otros sobre las bordas.

Y ¡Tierra! escúchase como en repetido eco de uno a otro navío, que ya todo el náutico convoy se va aproximando.

Sí. De nuevo se encuentran en ¡Tierra! los alistados. Pero no en las mil veces bendita España que, los más, no volverán a pisar.

Otro continuado caminar. ¡Nápoles! Más marchas, más. ¡Flandes! Y a desparramarse los españoles, no sin antes interceder para que todos los soldados de una provincia queden afectos a uno de los tercios y, a ser posible, dentro de la misma compañía. ¡Se encuentran a muchas leguas, a muchas, sábelo Dios a cuántas, de la Madre Patria, y la sienten ahora latiendo en sus pechos con mayores efusiones que nunca aquellos que trocaron las dulces travesuras de la juventud para ir en pos de la guerra que tantos brazos arrebató.

No es factible acceder al ruego. La organización y la

selección se imponen y lo impiden. En cada Tercio, mandado por un maestro de campo (coronel), con plana mayor, integrada por un sargento y un furriel mayor, un municionero y un tambor general, formarán unos tres mil hombres, distribuídos en arcabuceros, mosqueteros y piqueros, contando cada compañía con un capitán, un alférez, un paje, un sargento, un furriel, un tambor, un pífano, un capellán y diez cabos de escuadra y trescientos soldados, y.... hasta un harén de «ocho mujeres por cada cien plazas». Y como a las primeras compañías les corresponde mayores actividades y peligros, por «ir en vanguardia y retaguardia, tomar puestos, hacer escoltas, hacer puentes, ir a descubrir, correr la campaña y, finalmente, todas las expediciones y prestezas de la guerra», es de rigor elegir los soldados arcabuceros entre «los más mozos, alentados, diestros, sueltos, recios y sufridos a los continuados trabajos; y por esta causa no deben hacer guardias de noche, sino de día, y también se les da un ducado más de la paga ordinaria al mes».

He aquí formando en las filas de arcabuceros a buen número de hijos de la provincia de Toledo, y, con ellos, uno que entre la hazañosa pléyade de aquellos hombres que magistralmente empuñaron la espada y la pluma, forjadas y abrillantadas en el fragor de la sin igual epopeya de España en Francia, en Italia y en Flandes, donde derrocháronse asombrosas bizarrías y gigantescas heroicidades, supo erigirse prestigiosa personalidad y «al que la Patria debe admiración y reconocimiento». Su nombre: FRANCISCO VERDUGO; su cuna, Talavera de la Reina; su origen, humilde y noble a la par; su espíritu, pletórico de virtuosa ambición (1531-51).

El soldado aventajado.

HA regresado de Londres el Rey Felipe II y permanece en Bruselas (4-Septiembre-1555).

Ya Francisco Verdugo ha aprendido «a tratar las armas, hacer sus guardias, respetar sus oficiales, obedecer las órdenes, conservar los bandos». Como dice el Capitán Marcos de Isaba, «de veinte años de edad hasta veinticinco, ya le habemos hecho soldado». Ahora los campos de la guerra le brindan fructífera cosecha. Fácil es «se provea por cabo de esquadra», y sirviendo este oficio un año entra en la edad de veintiséis y ofreciéndose ocasión le hacemos sargento; el cual tiempo servirá dos años y entrará en la plaza de alférez de edad de veintiocho, para tres años después alcanzar patente de Capitán. Todo se cumplirá al pie de la letra, que el espíritu de Francisco Verdugo es asequible para adquirir «conocimiento de los oficiales, juicio y entendimiento para mandar, obedecer y hasta para representar la auctoridad del Capitán». Sigamos a nuestro compatriota.

Sigámosle con el ejército que ha de ir sobre Francia, al mando del Capitán General Manuel Filiberto, Duque de Saboya, que marcha contra la Champaigna por las lindes del Luxemburgo, para en próximos días presentarse los corredores delante de Rocroy, mientras el grueso de las tropas, por caminos desviados y a través de las sombras de la noche, avanza hacia la plaza que hace asequible el paso hasta París. Veréis entre el núcleo que forma la arcabucería española a Francisco Verdugo, erguido, animoso, acariciando en su mente fervorosas ilusiones, latiendo en su pecho abnegadoras lealtades, anhelante de fortunas y denuedos. En esa tan magna escuela militar que los campos franceses de San Quintín ofrecen, va a iniciarse el toledano soldado en los preliminares de las más arriesgadas empresas, en la

serie de acometividades, ardidés, escaramuzas y bríos que preludiaron el triunfo de España.

Allí, Francisco Verdugo, cerca del Maestre de Campo general Conde de Aremberg, alternando con la aguerrida Infantería española mandada por los Maestres de Campo Alonso de Cáceres y Alonso de Navarrete, con los hombres de armas claveses del Conde de Horn, con los denodados compatriotas de la caballería herreruela del de Mansfeld, con los viejos soldados walones del de Menghen, con los intrépidos jinetes borgoñones y españoles del General Conde de Egmont, y entre las filas de los infantes españoles del tercio de Navarrete, guiados por el Capitán Julián Romero, pelea Francisco Verdugo tan decidido que, en muy apurados trances, él y otro toledano hijo de Ocaña nombrado Diego Pérez Arnalte, cumplen como los buenos; cuando descubierto un nutrido contingente de «infantes y barcas enemigos, contra ellos van los arcabuceros de Navarrete, atravesando cenagales y el río con el agua a la cinta», en eficaz colaboración con la impetuosa carga que el Conde de Egmont supo culminar y que en breves horas produce sangrienta investida, horrorosa matanza, confusa y vertiginosa huida del ejército francés, que deja tras de sí millares de muertos y heridos y en poder del cuartel general español prisioneros, bagajes, artillería, caballos, municiones, banderas y estandartes en un número y calidad que raya los linderos de la fábula (10-Agosto-1557).

Tres días siguientes al de la victoria hallada sobre el espléndido ejército de Enrique II de Francia, y ya izado el Real Pabellón Español a la vista de la plaza de San Quintín, disfruta Francisco Verdugo el emocionante momento en que Felipe II, precedido de fastuoso séquito, integrado por el Duque del Infantado, los Condes de Feria y Fuensalida y otros muchos próceres de noble estirpe española, daba el Rey «las gracias a Dios con procesión, y al Duque (de Saboya) después y al Conde de Egmont, principal autor del vencimiento, con palabras honrosas y de singular afecto». Y días más tarde vive Francisco Verdugo horripilante página de la guerra; cuando dado el asalto y conquistada la

plaza de San Quintín, cundió el saqueo y el incendio a la ciudad, donde «murió mucha gente de los enemigos.... y hubo algunos que, después de muertos y desnudos en carnes, los hombres en el suelo los abrían por los estómagos..... y en las casas que entraban los alemanes no dejaban hombre a vida, ni mujer, ni niño.....» y a las mujeres que había de salvar el ejército triunfante «las desnudaban en camisa..... y a las monjas las recogió el Conde de Feria en su tienda, que en esto hubo mucho cuidado, y de que no fuesen deshonoradas..... porque a quedar en sus monasterios, la noche que se entró la tierra, los tudescos las..... mataran.....» y a pesar de la diligencia del Rey Felipe II en enviar gastadores que atajasen el fuego..... «se quemaron en las casas gran cantidad de personas.....» (27-Agosto-1557).

¡Maldita guerra! Mil veces maldita cuando de la patria independencia no se trata, y ¡Malditos hombres los que a la guerra y a la destrucción incitan!

Hasta unas doscientas bajas ha experimentado el tercio de Navarrete; y si el Capitán Julián Romero se ha distinguido al mando de tres compañías de aquel tercio, sus soldados hicieron dignos de especial mención y recompensa, y por las especiales aptitudes y estratégicas sagacidades que desplegó Francisco Verdugo durante las distintas fases de la batalla y en los más decisivos instantes del asalto, otórgasele el premio de «ocho escudos de ventaja»; distinción altamente señalada, no sólo por ser limitadísima entonces y compatible con todo otro emolumento, sin exceder de diez escudos, sino por concederse «la ventaja más por honra que por utilidad».

Francisco Verdugo ha gustado espléndidamente las mieles del triunfo; ha salvado los más difíciles escalones y ha libado también los acíbares de la guerra con la pérdida de la luxemburguesa plaza de Thionville, no obstante la heroica resistencia de los dos mil españoles y walones que la guarnecían (22-Abril-1558). Mas pronto también bríndale la fortuna espléndida efusión con la brillante victoria habida en Gravelinas, «que fué para los franceses la segunda parte» de la derrota que un año antes habían sufrido en San Quin-

tín y triunfo conseguido en las dos memorables jornadas por la decisión y gallardía de los infantes y caballos mandados por el valeroso Conde de Egmont (19-Julio-1558).

Tenemos ya a Francisco Verdugo en franca accesibilidad para alcanzar sucesivos grados. Nuestros vaticinios se confirmarán seguramente. El ser «aventajado» faculta a Francisco Verdugo para ocupar puestos de mayor peligro; le permite estar en más inmediato contacto con maestros de campo y capitanes y poder asimilarse todas las reglas de la guerra; le facilita, en fin, el vestir la coracina, camisa de malla o cuero de ante de sargento, armado de alabarda, luego el coselete, celada, espada y daga de alférez, y hasta alcanzar la patente de Capitán de Infantería.

Sí, le vemos en condiciones de «subir como la espuma»; que si en la primera ocasión ha sabido «mostrar los aceros», a sus arrestos marciales suma Francisco Verdugo otras muy estimables cualidades.



Hacia la "Alferería"

Si Toledo hubo de significarse como «cabeza de España» en ser la primera ciudad que «alço pendones por Carlos I» no despliega igual diligencia en momento análogo; cuando desde Bruselas, en «diez y siete de henero de mill e quinientos y cinquenta y seis años», notifica el Rey-Emperador a Toledo haber abdicado en favor de su hijo Felipe; que hasta el viernes diez de abril no despertaron a la cuna de Padilla los rituales regocijos con que «Toledo alço e puso pendones por el rey don phelipe el segundo en los alcazares y puentes de alcantara y de sant martyu y puerta del cambron desta cibdad con muchos tiros de artilleria que se soltaron». ¿Es que perdura el recuerdo del 1521, o presume su inmediato agonizar cortesano la ciudad?

Ya el Príncipe español y Rey consorte inglés es «Soberrano de ambos mundos». ESPAÑA aquí, casi circundada, a guisa de corona de triunfo por tres mares cuyas aguas aún conservan la estela de gloria trazada por las naves que a bordo llevaran siempre enhiesto el hispano blasón, aureolado por amores patrios, lo mismo en victoriosos lances que en numantinas rotas: España en el Rosellón, en el Franco Condado, en Flandes, en el Milanesado, en las más bellas islas del continente europeo: Baleares, Cerdeña, Sicilia; España en África: Orán, Bujía, Túnez, Canarias, Cabo Verde; España en el Nuevo Mundo: Santo Domingo, Cuba, Puerto Rico, Jamaica, México, Perú, Chile: Nueva España, Nueva Castilla, Nuevo Toledo; España en los oceánicos archipiélagos de Filipinas y Molucas. España bendita, preponderante en uno y otro hemisferio, envidiada y temida por las naciones todas, admirada y respetada por el Orbe entero. He aquí el precioso legado que en día de culminante efemérides deposita en manos de su hijo quien, despojándose de vestiduras y preseas imperiales, se acoge al austero vivir de un monasterio (3-Febrero-1557).

¡FLANDES! Los Estados que con tal título llegan a denominarse en recuerdo del más ilustre de los Condados; los Países Bajos, también así nombrados por la escasa elevación del terreno sobre el nivel del mar; los territorios, en fin, que actualmente ocupan los reinos de Bélgica y de Holanda y el Gran Ducado de Luxemburgo, entretejen y policroman, con difíciles empresas e innumerables y heroicos hechos de los invencibles tercios españoles, fraternizando con valientes italianos, sufridos walones, animosos borgoñones, osados flamencos y belicosos alemanes, el tapiz sobre que desfilan, llevando el Gobierno de aquellos países y siguiendo a la mano hábil y vigorosa de Filiberto y Margarita de Austria, las figuras del siglo nombradas Margarita de Parma, Duque de Alba, Luis de Requesens, Juan de Austria, Alejandro Farnesio, Archiduque Ernesto, Archiduque Alberto, Princesa Isabel Clara Eugenia y Cardenal Infante Fernando, para llegar al reconocimiento de la independencia.... tras una centuria de luchas tan estériles como sangrientas....

Recordemos que por los días de la Casa de Austria integraban tan vastos dominios, amenaza constante para varias naciones y espléndido manantial de riqueza y expansión marítima, diecisiete provincias, constituyendo el «Cuerpo de los Estados» cinco ducados: Limburgo, Luxemburgo, Zelanda, Güeldres, comprendido en el Condado de Zutphen, y Brabante, dentro del que estaban enclavados el ducado de Arschot, los marquesados de Berghes y del Sacro-Imperio, del que dependía Amberes, los condados de Meghen y Hoogstrate y los señoríos de Breda, Ravestain y Malinas y el estado de Maestricht; siete condados: Artois, Flandes, Hainnaut, Holanda, Namur, Zutphen, Amberes, ya citado, y cinco señoríos: Malinas en Brabante, Groninga, Ower-Yssel, Frisia y Utrech.

El Rey proveía en Flandes de un Lugarteniente y Capitán General que, en representación del Monarca y asistido por un «Consejo de Estado», resolvía lo concerniente al Gobierno, Justicia, Estado y Guerra, dentro de un conglomerado de fueros, prerrogativas y franquicias, circunstancias que, unidas a la situación económico-política porque atrave-

ba España respecto a Francia, Inglaterra y Alemania, no podían cooperar a muy halagüeño, franco y sincero predominio español en las provincias, máxime cuando sobre tales circunstancias que la realidad señalaban acumulábanse otras de carácter altamente patriótico, protegidas por el lógico y acariciador espíritu de ansiada independencia que flotaba en el ambiente del país desde que «El Solitario de Yuste» abdicó la corona en su hijo Felipe II (16-Enero-1556).

El fallecimiento del Rey-Emperador Carlos I impone que regrese Felipe II a España, y aparece el instante cumbre para Flandes: designar la persona que lleve, con la representación del Soberano español, el Gobierno de aquellos Estados. Y es entonces cuando se señalan diplomáticas actuaciones en el Alférez Francisco Verdugo, que sigue al lado del Conde de Feria en sus ajetreos de embajada (21-Septiembre-1558).

No es de olvidar a la Duquesa de Lorena, prima del Rey y futura suegra del Príncipe de Orange, dama que ha orientado y conseguido la tan anhelada paz de Chateau-Cambresis con resultados altamente beneficiosos para España, a la que Francia devuelve ciento noventa y ocho castillos y ciudades a cambio de las plazas de San Quintín, Ham y Chatelet conquistadas por las armas españolas. «Francia perdía en un día lo que había ganado en treinta años (3-Abril-1559).

No son de olvidar, asimismo, al Príncipe de Orange que, «a más de su esclarecida stirpe y de sus grandes Estados en Alemania y Flandes, había realizado importantes servicios y por muchos años, ya en calidad de Consejero y de Capitán y Lugarteniente General de Carlos I y de su hijo Felipe II»: ni al Conde de Mansfeld, destacada personalidad, flamenco por naturaleza y benemérito soldado español por las actividades prestadas en favor de España, con acendrado estoicismo y acrisolada lealtad.

Pero Felipe II no se decide a dividir las funciones del cargo; teme emulaciones, convoca los Estados Generales en Gante (7-Agosto-1559), resuelve el problema otorgando el Gobierno General de Flandes a su hermana la Duquesa Margarita de Parma, y embarca en Flesinga con rumbo a España, «para nunca más salir de ella»; y allá, en Flandes, queda el

semillero de descontentos y un caudillo más hábil político que Felipe II, Guillermo de Nassau, Príncipe de Orange (29-Agosto-1559).

Tres meses después arde en fiestas Toledo. «Celebra la entrada del Rey Nuestro Señor don Felipe el segundo», quien antes de transponer la Puerta de Bisagra presta juramento sobre los Santos Evangelios de guardar y defender los fueros, libertades, privilegios y franquicias de la Ciudad Imperial de Toledo, «con tanta fuerza como los de todos los Estados» (26-Noviembre-1559).

Y doble objetivo trae el Rey a Toledo: celebrar Cortes para jurar al Príncipe de Asturias, su hijo Carlos, y, pues la Reina María Tudor de Inglaterra há un año que falleció, concretar respecto al tercer matrimonio de Felipe II de España con Isabel de.....

Tiéñense concertados el matrimonio de Isabel de Inglaterra, cuñada de Felipe II, con el Duque Filiberto de Saboya; el de Isabel de Valois, hija de Enrique II de Francia, con el Príncipe de Asturias Carlos de Austria, hijo de Felipe II de España. Mas como muerta María Tudor, su hermana Isabel pasará a ocupar el trono de Inglaterra..... el Duque de Saboya ha de ceder el paso al Rey de España. Conforme.

Conforme si el Embajador Suárez de Figueroa, Conde de Feria, no hubiere participado que Isabel de Inglaterra se niega a suceder a su hermana María en el tálamo nupcial que le ofrece Felipe II.

¿Qué hacer entonces el Rey y el Duque? Fácil es la solución.

El Rey Felipe II casará con la jovencita Isabel de Valois.

¿Pero si está prometida al Príncipe de Asturias?

Eso era antes.

El Duque de Saboya con Margarita, hermana del Monarca francés. Aprobado.

Queda ahora compuesto y sin novia el Príncipe de Asturias. «Ya se le hallará acomodo» aunque sea con su prima carnal Ana de Austria.

Se levanta la sesión (9-Diciembre-1559).

«Entretenida» en la Corte.

No es que el Rey Felipe II considerara, en principio, más acertado el conferir su augusta representación en Flandes a Margarita de Parma por otorgar a su hermana un preeminente cargo, sino en atención a ser hija del país; y en Bruselas, en la capital de los Estados a la que Carlos I «dotó de todo el fausto de la Corte», queda Margarita asistida por un Consejo aúlico y un séquito palatino, entre cuyas damas de honor llega a contarse una hija del Príncipe de Orange, y entre los caballeros un hijo de la región toledana.

La representación de los estados sociales en aquel Consejo fórmanlo: «aristocracia a la que el Rey Felipe II «rehusó, imprevisor, altivo o desconfiado, sus servicios»; «nobleza facciosa, impaciente, capaz de todo por enriquecerse», y gremios con elección municipal, apoyados en viejos fueros y franquicias»; Consejo en cuyo seno se debaten dos bandos: Granvela-Berlaymont-Vigilus, que forman un secreto Consejo dentro del público, y Orange-Egmont-Horn, que integra el de oposición. ¿Cuál de los dos triunviros naufragará en la política boráGINE?

El correr del tiempo muestra al prelado Granvela que «diestro, adulator, erudito, galante y sexual a pesar de su estado, y apasionado por la representación fastuosa del poder, daba asidero a la crítica y a la calumnia» y, ¡vive Dios que con la Iglesia hemos topado! Se aumentan en número de catorce los obispados con que cuentan ya los países, según Bula alcanzada recientemente por Felipe II, y Granvela, Obispo de Arrás a los veinticinco años de edad, le es concedido el capelo y la primada con la archidiócesis de Malinas.

Se va abocetando el cuadro. Todo concurre a enajenar el afecto a España para llegar a la resultante de que mientras los jerarcas de la plebe laboran *pro domo sua*, el sector

artesano, anhelante de paz y de trabajo, «se encuentre perpetuamente oscilando entre el temor a la huelga y la afición a las barricadas» (26-Febrero-1561).

Aquí de las peculiares cualidades de prudencia, de benignidad y de inmunidad política de Margarita; que los embates ha de contrarrestarlos, no como flamenca, sí como gobernadora, y son más de uno los consejeros influyentes que se consideran merecedores del nombramiento de gobernador, mejor dicho, de virrey, ya que Felipe II da un trato de reino vasallo a los Estados.

¡Granvela, Orange, edictos, inquisición....! Margarita repite el caso de rasgar «por su mano, en pleno Consejo, el memorial de un aristócrata que había ofrecido cierta suma por el destino que pretendía», y si tan elocuentes y elogiabilísimas determinaciones «captaban a la gobernadora el respeto y la estimación de nobles y pueblo», siempre ha de estar «arma al brazo», que resuelto un problema, se presentan otros en el flujo y reflujo de la marea....

Ahora son nobles y plebeyos, católicos y protestantes, todos atentos, hay que reiterarlo, a que el Rey de España no respeta «los privilegios y franquicias con que hasta entonces los flamencos se habían regido y de cuya conservación eran tan celosos», al par que recrudecen la odiosidad y los ataques a fondo contra Granvela, arrecian injustificados insultos sobre el reducido núcleo de cuatro mil hombres que integran las tropas españolas en Flandes, que Felipe II prometió retirar y que sobrias y subordinadas sufren inconcebible y prolongado acantonamiento en la hostil Zelanda, feudo, con Holanda y Utrech, del Príncipe de Orange. Y no porque salieran de los Estados las huestes comandadas por los maestros de campo Julián Romero y Pedro de Mendoza, renace la calma. La agitación dispone de campo asaz abonado. El Cardenal Granvela pretende alzarse con el Consejo. Surgen las enérgicas protestas y las dimisiones de Orange y de Egmont y ya es Margarita quien, de acuerdo con el Consejo y el pueblo y desautorizando a Granvela, informa al Rey respecto a las causas que cooperan a la alarmante situación del país, rogándole la deposición del Cardenal y el que

la permita ceder un tanto para con los protestantes a fin de evitar días de luto a los Estados (27-Junio-1562).

¡Inútil pretensión! A los excesos de encontrados dogmas y ansiadas libertades, propáganse furores avivados por influencias extranjeras y cunden las deserciones de los nobles del Consejo y el propósito de resignar el gobierno la desatendida Regente, y en forma colectiva dirigen al Rey Orange, Egmont y Horn, manifestando entre otros extremos que: «cuando los hombres principales y los más prudentes consideran la administración de Flandes, claramente afirman que en el Cardenal Granvela consiste la ruina de todo el Gobierno; por lo cual se sienten tan altamente traspasados los ánimos de los flamencos, y con tan firme persuasión, que será imposible arrancarlas dellos mientras él viviese entre nosotros..... Pedimos, pues, humildes, por aquella lealtad que siempre habéis experimentado en nosotros, que os sirváis de poner en consideración cuanto importa atender al común dolor y quejas de los pueblos. Porque una vez y otra rogamos a V. M. sea servido de persuadirse a que jamás tendrán feliz suceso los negocios de las provincias, si advierten los súbditos que el árbitro dellos es un hombre a quien aborrecen». Y terminaban el escrito haciendo resaltar: «Y hoy más, cuando no sólo no puede quejarse nadie de la prudencia de la gobernadora, pero aún nos debemos dar todos inmortales gracias por su gobierno».

¡Desdichados! Conociendo el modo de proceder de Felipe II y de su «brazo derecho», al firmar el memorial dejaron pendientes su vida los tres nobles flamencos de la voluntad del Rey y del Duque de Alba. Así, éste contesta al Monarca: «Siempre que veo carta de éstos tres señores de Flandes, me ahoga la cólera....., y en cuanto a los que merecían que se les cortase la cabeza....., sería bueno disimular hasta que se pudiera hacerlo.....» (11-Marzo-1563).

Hasta entonces no se había iniciado tamañas protestas contra la política religiosa del soberano español. Es que la intolerancia implantada por los días de Carlos I y mantenida por Felipe II, acrecientan las grisáceas tonalidades del cuadro que Flandes ofrece, con el catolicismo y el protestantis-

mo empeñados en «interminable batalla, que de todo hacen armas, aunque algunas sean prohibidas por la razón y la tolerancia». La Reforma venía extendiéndose a paso de gigante. Los Países Bajos, por su situación geográfica con relación a Francia, Inglaterra y Alemania, estaban prontos a asimilarse las nuevas doctrinas, especialmente el litoral y las comarcas del Norte, y Felipe II, mientras impulsa el rigor en los Estados y resta a éstos las tropas de caballería con destino a Francia a fin de auxiliarla en la extirpación de la herejía....., redúcese a comunicar a Margarita..... que ha sido colocada la primera piedra del Monasterio del Escorial en conmemoración de la batalla de San Quintín ganada en aquel día mismo de 1557 (23-Junio-1563).....

El ayudante de campo.

HA de tener el General sus entretenidos cerca de su persona para acompañarle y hacer algunas diligencias y servicios que se ofrecen, los cuales deben ser soldados viejos, honrados o capitanes, alféreces y sargentos reformados, conocidos en las guerras..... son obligados a salir con el General armados con lanza o caballo y hacer guardia al guión, el cual ha de ir tras del General y cerca de su persona..... y no tiene lugar señalado en paz ni en guerra, sino ha de andar y estar donde esté el General..... y ha de hacer guardia en la antecámara del General, donde ha de estar el guión..... teniendo la obligación de transmitir las órdenes que se les diese, además de pelear en el sitio que se les ordenara. Los entretenidos pueden ser propuestos para capitanes de Infantería..... Percibirán de 80 escudos, a lo sumo, que al llegar a maestros de campo dejarán de percibirlos..... ¡Aquí de nuestro hombre!

La natural disposición que caracteriza a Francisco Verdugo, consérvale el deferente afecto que le profesa el Conde de Feria y con tan ilustre deudo del esclarecido soldado-poeta Garci Lasso de la Vega, sigue Verdugo al gran Consejero de Estado de Felipe II, en sus difíciles embajadas por Alemania e Italia.

Favorable oportunidad para que el «aventajado» pueda acreditarse en Luxemburgo; que siendo el Conde de Feria huésped de honor del Gobernador de aquel Ducado, el Conde Pedro Ernesto de Mansfeld, éste solicita de Suárez de Figueroa que le designe un oficial español como agregado al servicio militar y diplomático de su casa-palacio y habiendo manifestado el Conde de Feria que ninguno tan a propósito y de las cualidades de Francisco Verdugo, en Luxemburgo queda nuestro compatriota a las inmediatas órdenes del Capitán General Conde de Mansfeld en plaza de «entendido». Favorable ocasión también para que algún amigo

de España haya traducido: *de valet d'écurie* del Conde de Mansfeld.

Así a Francisco Verdugo se le presenta otro encantador momento para volver a España. Cuando «su general» viene por la Princesa María de Portugal para llevarla a Flandes a contraer matrimonio con Alejandro Farnesio. Entonces, y «desde Lisboa, le despacha el Conde de Mansfeld por la posta a Madrid, a dar cuenta a Su Majestad de su llegada y otras cosas.» (1564).

Y cumplidamente desempeña sus comisiones el toledano Francisco Verdugo. Cerca de la Corte de Portugal y del soberano español ha recibido elogios y encargos para la Duquesa Margarita, y de Madrid sigue hacia Bruselas, y de Bruselas a su destino en el cuarto militar del Conde de Mansfeld.

Mas un día el hidalgo Francisco Verdugo, que culto rinde a la caballeridad y galantería castellana, tiene que abandonar Luxemburgo después de «mostrar los aceros» en repetidos instantes, y no cual en la guerra contra Francia, si no patentizando el que en España y fuera de ella, lo mismo en la campaña que en la villa,

«fama, honor y vida son
caudal de pobres soldados»;

que no faltó quien asegurara que aquella espada brillante en bélicos lances, tiñóse en honrada lid en defensa de unas damas, y.....

Perseverando el Conde de Feria en la protección hacia Francisco Verdugo, pasa nuestro compatriota a Bruselas agregado a la corte de la Princesa gobernadora.

¡Cuánto habían variado las circunstancias en Flandes durante el breve lapso de un lustro! Se ha percatado el país de que nada favorable puede alcanzar del Rey Felipe II.

El Príncipe de Orange impulsa rebeldías y recelos bajo las bóvedas del castillo que en Breda hoy alberga la Academia Militar.

La propia Bruselas, que con tanto júbilo celebrara la destitución del cardenal Granvela (24-Enero-1564) y el que

Alejandro Farnesio, hijo de Margarita, efectúe su matrimonio en dicha capital de los Estados, truécase en amparadora del célebre «Compromiso de Breda», cuyo documento «se cubrió con millares de firmas, entre las que había muchas de católicos», bajo juramento de rechazar con las armas toda iniciación inquisitorial y los edictos del Rey. (3-Noviembre-1565). Comienza el forcejeo que no ha de tener solución de continuidad.

Margarita de Parma, congraciada con los conjurados y Estados provinciales, encomienda a los Condes de Berghen y Montigny que marchen a Madrid a informar personalmente a Felipe II sobre la conveniencia de revocar edictos y usar de magnanimidad. ¡Infortunados Condes! Nunca más regresará a Flandes el flamenco que pise suelo español.

Y pasan los meses sin que vuelvan aquellos nobles a su país natal ni que conteste el Rey a su hermana Margarita. El Escorial, la organización de la milicia local de Toledo y la redacción del índice que integrarán las solemnidades con que Toledo ha de recibir los restos de su primer Arzobispo, San Eugenio, traídos desde la abadía francesa de Saint Denis, impiden al Monarca ocuparse del enésimo ruego de la gobernadora de Flandes (17-Noviembre-1565).

Entre tanto, Margarita lleva a cabo un recuento de leales, sometiéndolos al juramento de «servir a Su Majestad sin limitación ni restricción». Guillermo de Nassau se niega hasta no llegar el previo reconocimiento Real de los privilegios borgoñones y flamencos. Quedan afectos a Felipe II los Condes de Mansfeld, Egmont, Horn y Aremberg, y los señores de Berlaymont y Noicarnes, que negáronse a seguir en su adjuración al Príncipe de Orange.

Ni Francisco Verdugo se deja sugestionar por otras fortunas que se separaran de las de su Patria y de su Rey. A Ella había ofrendado su vida y a Él sus servicios y, adelantándose al poético pensar del vate, sostiene que si fácilmente puede el hombre disponer de su hacienda y de su vida, no así goza de tan libre albedrío respecto al honor que tan sólo a su espíritu pertenece y éste sólo está a la devoción de Dios.

¡Qué hombres los de aquellas edades! Y Margarita, aprovechando la escisión ejercida sobre la nobleza y desamparada de su hermano, cambia la táctica de conciliadora persuasión para emplear la fuerza, caso de ser necesario; organiza coronelías walonas que sirvan de dique para contener la arrolladora avalancha y expide, entre otros nombramientos, la patente de Capitán a favor del alférez entretenido Francisco Verdugo, quien al frente de una compañía walona, por no existir infantería española, sabe con singulares bríos y entereza reprimir inmediatas alteraciones y castigar motines y asonadas en las cercanías de Amberes (4-Diciembre-1566).

«Sirvió en esta compañía a satisfacción, y della la mostró tener muy grande Madama (Margarita) cuando habiendo llegado a su noticia que junto a Amberes andaba algún número de gente con un predicante hereje alborotando e inquietando al país», marcha Francisco Verdugo hasta el punto de reunión de los revoltosos «gueux», sorprende al cabecilla en sus arengas de rebelión contra España y, «desbaratando la gente, en el mismo puesto y sitio en que estaba haciendo su prédica, le mandó dar garrote, causando en Madama este suceso notable contento» por la represión, si bien produciendo asimismo en Margarita hondísimo sentimiento, puesto que ello era el tétrico alborear de los designios de España en Flandes, a causa de la intransigencia de su hermano Felipe II. Desde entonces eslabónanse circunstancias para que la figura del Capitán Francisco Verdugo se destaque de manera espléndida, como «Francisco para los buenos y Verdugo para los malos».

¡Insensato afán el de convertir en problema político el sentir religioso!

Por que es el caso que Felipe II dice que no quiere ser Señor de herejes, que ha de acomodar lo de la religión de aquellos Estados «sin usar de las armas», al propio tiempo que al Papa Pío V comunica esta contundente resolución: «estoy determinado de tomallas e ir yo mismo en persona a hallarme en la ejecución de todo, sin que me lo pueda estorbar ni la ruina de todos aquellos países ni de todos los que me quedan» (25-Noviembre-1566).

Interviene el Príncipe de Évoli Ruy Gomez de Silva. Debe usarse de benignidad en Flandes y de encargar a alguien la cooparticipación de aquel gobierno, que sea precisamente al Conde de Feria Gómez Suárez de Figueroa.

Pero se impone el criterio del «Duque de Alba, fidelísimo brazo derecho de Felipe II», y éste, a los ruegos de su hermana, contesta que para ahogar rebeldías organiza un ejército que acudirá a Flandes al mando de «enérgico capitán» (31-Diciembre-1566).

¡Horror, qué desatinos!; son las frases que salen de los pechos de católicos y protestantes, de nobles y plebeyos, de borgoñones y flamencos. Y el Príncipe de Orange, tan al corriente de lo que en Madrid y en Italia se trata y que con una vela a Dios y otra al diablo, lo mismo reclamaba ante el Consejo crueles medidas de represión contra los iconoclastas que negociaba con hugonotes franceses y luteranos alemanes, esquivando el primer encuentro con el «enérgico capitán», aunque dispuesto a enfrentarse con él en ocasión oportuna, se apresura a recoger a su hermana María, dama de la corte de Margarita, y a salir presuroso de Bruselas camino del Condado de Nassau en Alemania, no sin haber dejado prendida la tea de muy próxima guerra civil en los Países Bajos (22-Abril-1567).

Tampoco Margarita se muestra propicia a acoger con afectación de insensibilidad el arribo del anunciado «enérgico capitán». Menos ahora que va infiltrando la paz en las provincias amotinadas, y apresúrase a escribir a su hermano: «Por Dios os ruego vengáis sin armas y más como padre que como Rey» (24-Mayo-1567).

Es el pueblo quien ahora asesina a los calvinistas. Y hasta al Príncipe de Asturias le exaspera de tal manera el nombramiento de Capitán General de Flandes a favor de Alba, que puñal en mano váse sobre el Duque, diciéndole: «No habéis de ir a Flandes, o os tengo de matar».

Y el mismo Pontífice, espíritu abierto a una política de atracción más que de enérgica represión, inclina el ánimo del Rey en favor de Suárez de Figueroa, ya creado Duque de Feria. Pero.....

¡Infructuosos ruegos y conminaciones! Preséntase en Bruselas D. Fernando Alvarez de Toledo, III Duque de Alba, al mando de «felicísimo ejército» formado con tercios de Italia, y «un velo fúnebre cubrió a los Países Bajos, de donde, según cronistas, emigraron en el acto 100.000 personas» (22-Agosto-1567).

¡Al fin! consigue la Duquesa Gobernadora que su hermano Felipe II admita la dimisión que en repetidas ocasiones ha presentado, y sale Margarita de Parma con dirección a Alemania, acompañada de la nobleza flamenca; y sigue camino de Italia, y hasta allí la acompañan con su llanto y su corazón leales e infortunados flamencos y borgoñones que adoran en la egregia dama, tan prudente y tan hábil como piadosa, que en muy escabrosas circunstancias supo evitar luctuosos días a los Estados y sangrientos desafectos a España (31-Diciembre-1567)

Con mando de compañía.

NINGUNA novedad ofrece hoy ese «apéndice». Existió y estuvo en práctica por los días de Felipe II. La Historia se repite.

El Consejo de Flandes y de Borgoña, creado por Carlos I, entrañaba la Ley fundamental de aquellos Estados. Mas el Duque de Alba, obsesionado porque «a su persona se ha de aceptar de buen grado o se le ha de temer forzosamente», adiciona otra ley, «muy suya», con el apelativo de «Conseil des troubles», que le permite sancionar bajo su omnímoda y dictatorial presidencia, interpretando como atentatorio a España, la más mínima iniciación de desafecto a Alba o a su Gobierno; y al amparo del tétrico «Tribunal de sangre», conforme lo denominan brabantines y flamencos, lánzase el Duque a hacer víctimas de manera desenfrenada, con súbitas resoluciones exentas de toda apelación y con todo un espléndido cortejo de exoneraciones, confiscaciones, destituciones, apresamientos y humillaciones, cuando menos, para cuyo execrable proceder cuenta Alba con verdaderos elementos de especial psicología de esbirros.

Así son reducidos a prisión los Condes de Egmont y de Horn. Sucesivamente siguen la misma suerte cien personas más de significado relieve social.

Y el «brazo derecho de Felipe II», que no se detiene en la exasperante velocidad emprendida, arrasa el famoso Palacio del Conde de Culembourg, de Bruselas, so pretexto de que en él se reunieron los confederados en 1565, y sobre el solar del edificio, «sembrado de sal como de traidor», erige el Duque de Alba una columna difamatoria para Flandes con esta cartela: «Reinando en España el Rey Católico don Felipe II, y gobernando estos países de la Germania inferior Fernando Alvarez de Toledo, Duque de Alba, fué ordenado que se asolase la casa de Florencio de Palanta, por la abo-

minable memoria de haberse en ella redoblado la conjuración contra la religión católica romana, contra la Majestad del Rey y contra el propio país, en el año de nuestra salud, mil y quinientos y sesenta y ocho».

¡Está escrito! ¡Sólo una excelsa virtud impide al hombre el coincidir en cuanto sea de infausto y de vengativo! También los imperialistas en Toledo arrasaron la casa de Juan de Padilla, donde celebraron reuniones los comuneros castellanos, y sobre el solar, «sembrado de sal como de traidor», colocó el justicia mayor Juan Zumel infamante padrón para Toledo (1522). Y el Duque de Alba, sin solución de continuidad, a raíz de tan triste remedo de recíprocos furores, va apretando «las mallas de aquella red de persecuciones con pequeños nudos de irritación y venganza personal», y con lo que puede afectar más íntimamente a un pueblo laborioso e industrial: destrozando la vida social y económica del país que venía viviendo una bienhechora era de paz, de trabajo y prosperidad.

Pero volvamos la vista hacia el campo de Marte.

El Príncipe de Orange ha reunido hombres, pertrechos y dineros, y unido a sus hermanos Luis y Adolfo decídese a penetrar en los Países Bajos, y hacia Deventer, a cubrir toda la línea del Yssel, sale con su regimiento el coronel Cristóbal Mondragón, llevando en vanguardia una compañía que manda Francisco Verdugo, con nueva patente de capitán refrendada por el Duque de Alba en nombre del Rey (18-diciembre-1567). Y a medida que se suceden las empresas, ejemplariza Francisco Verdugo con sus especiales cualidades estratégicas y políticas. Ha sabido contener un audaz avance de los orangistas. Teme que estos puedan invadir la Frisia y coincide con el pundonoroso Conde de Aremberg, Gobernador de Groninga, advirtiéndole el triste futuro que a la plaza se la ofrece. En efecto, junto a la abadía de Heyligerle se empeña el sangriento combate previsto, pues ha observado Verdugo activa movilización de los «gueux des bois», que tan adictos mostrábase en favor de Guillermo «el taciturno» y en contra de Alba «el beddrucker», y sobre el campo de batalla quedan Adolfo de Nassau

atravesado por la espada del Conde de Aremberg, éste acribillado por las picas orangistas, y uno y otro adversario confundidos entre millares de muertos (25-mayo-1568).

La nueva de la hecatombe, acompañada por la pérdida de la artillería y bagajes y de haberse entregado cinco coronelías de alemanes, unida a la obsesión de que el Príncipe de Asturias, Carlos de Austria, enemigo personal de Alba, está en relaciones con próceres flamencos para conseguir de su padre la destitución de aquél y ser él, el hijo de Felipe II, a quien el Rey encomendara el gobierno de los Estados, acrecienta la desesperación del Duque en términos tan alarmantes que en pleno «Consejo des troubles» se apresura a forzar la tenebrosa cadena con que había circundado a las provincias y a eslabonar la serie de ingratamente memorables días en los que la indignación de los flamencos culmina en grado sumo a causa de los inconcebibles procesos, cruentos suplicios y premeditadas decapitaciones que alcanzan a muy nobles y leales colaboradores de las glorias de España: los Condes de Egmont y de Horn (5-junio-1568). Y sigue actuando por orden del Duque de Alba el martirio, el hacha, la horca o el veneno hasta sobre inocentes belgas confinados o apresados en España.

Al mes siguiente participa el Rey a Toledo como el «sábado que se contaron veinte y quatro deste mes de julio, antes del día, fué nuestro señor seruido de llevar para si al serenissimo principe don Carlos, mi muy charo y muy amado hijo.»

¡Al fin! Se acabaron los celos. Ya no hay que temer el que venga Carlos de Austria a Flandes.

Entonces abandona Alba la ciudad de Bruselas y marcha en dirección a Deventer donde reconcentra sus huestes. Mondragón y Verdugo, que han practicado arriesgada descubierta, hácenle observar cómo aquel campo en que ha de dirimirse la contienda es «anegadizo, cubierto de pequeños prados, cruzado por estrechos diques y caminos, embarazoso cual ninguno para artillería y caballería», y «la batalla de Jemingen señala una gloriosa empresa para España». Luis de Nassau cruza a nado el Ems, guareciéndose en Alemania

y Guillermo se interna en Francia. El triunfo obedeció a que «nunca se peleó o con más cobardía o con más empeño que entonces, si es que fué pelea y no destrozo, con más propiedad. Los más de los alemanes, pidiendo cuartel, arrojando a los pies del vencedor las armas, diligenciaban más con el vil rendimiento su muerte. A muchos se les sorbieron las lagunas, en que con el tropel de la huída unos y otros se lanzaban; a muchos consumió el acero, a que volvían las espaldas como esclavos sujetos al azote; pero la mayor parte se llevó en esta mortandad el Ems, en cuyas ondas, aun sin saber nadar y con el peso de las armas, se precipitaban con otro mayor miedo, y al punto se anegaban en el fondo, menos algunos pocos, a quien la destreza en pasar a nado los ríos les dilataban la muerte, pero les aumentaba envuelto con el oprobio el dolor, clavándoles desde la ribera, como en caza de ánades, el vencedor.....» y el vencedor prosigue la matanza sin cuartel, e incendia los caseríos inmediatos en venganza del descalabro sufrido en Heyligerlee..... y aún el Duque de Alba hace pender de las horcas a algunos soldados del Tercio de Cerdeña..... (21-Julio-1567).

En resumen, nada. ¡Cuadros de la guerra!... Y bien que los va a vivir el toledano capitán Francisco Verdugo de aquí en adelante que la sangre derramada en Bruselas, si en principio parecía no haber servido sino para empapar determinados pañuelos de encaje..... sabe aprovecharla el Príncipe de Orange, y ni el valor de las tropas reales, todo heroísmo y sobriedad verdaderamente enaltecidas, evitan que después de cuatro campañas cunda la sublevación por Holanda y Zelanda y la insurrección se muestre pujante y amenazadora y que comiencen nuestros soldados a encontrarse sin recursos, a ser víctimas del hambre y de la miseria, circunstancias altamente propiciatorias para inficionar el virus de la rebelión, y poner al Duque de Alba en críticos apuros cerca de su ejército, «en guerra tan apretada como esta, andando tan juntos y apegados dos exercitos tan grandes, viéndose en veinte y nueve aloxamientos que se hicieron en los veintitres cada día el uno con el otro, teniendo siempre escaramuzas, encañonándose dentro de diez días dos veces.....»

A todo esto en un país empobrecido por la emigración y por la.... sangre, con tropas tan diseminadas como peor atendidas, sin escuadra que pueda resistir a la formidable de que disponen los nacionalistas y teniendo que contrarrestar, a más de las presiones de Inglaterra, el acoso de los alemanes por el Mosa, de los hugonotes franceses, de los calvinistas y luteranos del Rhin, de los piratas de las costas, de de los.... mismos soldados realistas, en suma, descontentos por la ya endémica costumbre de hacerlos entrar en acción sin percibir ni sus paños ni sus haberes....

¡Maldición! Ha muerto, también, la Reina Isabel de Valois. Se ha extinguido la vida de la encantadora princesita de la Paz! Francia vuelve a ocupar su puesto en el tablero de ajedrez donde se lucha.... No ha de sorprender que en el continuado forcejeo a que obligan las campañas se suceda a una victoria una derrota, a un avance un descalabro, a un belicoso enardecimiento una bochornosa sedición, que tal futuro presagia la desesperada situación a que llegaron los Países Bajos desde que el Duque de Alba se personó en Bruselas.... (3-October-1568).

Carmel Sargento Mayor.

RAZÓN de Estado. Ha de contraer cuartas nupcias el Rey Felipe II. Ahora con su sobrina Ana de Austria, doncellita castellana que como la infortunada Reina Isabel de Valois, estaba prometida al Príncipe de Asturias Carlos de Austria.

El fausto acontecimiento ofrece otra feliz oportunidad al Capitán Francisco Verdugo para pisar de nuevo suelo patrio. Por ello vémosle a las órdenes del Duque de Feria, en Grave y Breda, luego en Bergen-op-Zoom, a bordo del navío real con rumbo a España, y en Santander, Burgos, Valladolid, Segovia, Madrid y Toledo, «en ocupaziō del seruzio del rey», formando parte de la escolta de la coronelia de Cristóbal Mondragón, que «truxo en guarda de su real persona la Señora Reyna doña Ana».

Y es una ocasión más en que el crédito alcanzado por nuestro compatriota se refleja en las deferencias que le dispensan la pléyade de próceros que abrillantan el séquito de los Reyes de España: Duques de Feria, Escalona, Infantado, Pastrana y Medinaceli, Marqués de Mondéjar, Condes de Cifuentes, Orgaz y Fuensalida y otras personalidades de la aristocracia de la sangre, de las letras, de las armas y las ciencias (1 Enero-12 Diciembre 1570).

Es en Segovia, diócesis regida por el perínclito hijo de Toledo Doctor Diego de Cobarrubias, donde celébranse los augustos esponsales. Apadrinan a Felipe y Ana precisamente sus respectivos hermanos: Juana, viuda de Juan de Portugal, Príncipe del Brazil, y Rodolfo II, Rey de Hungría; el Soberano que también apadrinara el mismo año el matrimonio de su Gentilhombre el Príncipe de los poetas épicos, Alonso de Ercilla Zúñiga, cuyas sagradas cenizas guarda y venera la toledana villa de Ocaña.

Pasaron los días de luminarias, salidas de las mujeres de las mancebías con hábitos de villano, coheterías y tantos más variados «regocijos» con que Toledo festejara el arribo a España de su reinecita, y Francisco Verdugo regresa a Flandes ya conociendo que relevará al Duque de Alba el de Medinaceli. Pero no hay medio de hacerle llegar a Flandes hasta que el hombre agotó todo género de dilatorios pretextos (13 Junio 1572).

La divisa orangista «pro lege grexe et rexo» evidencia que el encono es franca y doblemente propulsado más que al paio de este u otro dogma, por el «tributo de la décima», impuesto sobre toda transacción en un país esquilnado en su vida económica. Ha retrocedido Flandes seis lustros; a los días en que la populosa Gante, la ciudad-cuna de Carlos I rompiera en abierta rebelión a causa de las cargas implantadas por aquel Emperador, que fué quien en verdad había ahogado los privilegios brabantines y ganteses tras muy luctuosa actuación. De otra parte, la guerra ha sido avivada por el propio Alvarez de Toledo al ocurrírsele levantar una su colosal estatua en el centro de la industriosa Amberes, fundida con cañones tomados a los nacionalistas.

Trátase de guerra más de orden marítimo que terrestre; y mientras el Duque de Alba no dispone de «bajeles, que por orden del Rey mantenía la provincia de Frisia», ni encuentra a peso de oro elementos marineros con que organizar una escuadra, Guillermo de Nassau, auxiliado por «tres naciones vecinas», consigue reunir una fuerza marítima formidable con atrevidos piratas «meergeusen» que se le ofrecen sin sueldo y con embarcaciones que estratégicamente desplaza por Holanda y Zelanda. Así en una semana le es factible al Príncipe de Orange colocarse sobre Brielle, centinela avanzado de Zelanda, apoderarse de Flesinga, llave de oro del Escalda, aislar a Middelburgo, gobernada por el Coronel Cristóbal Mondragón, alcanzar que secunden las rebeliones Gueldres, Frisia y Ower-Yssel y que abran sus puertas a los rebeldes Zutphen, Leyden y Haarlem y seguir extendiendo su influencia como mancha de aceite por todas las ciudades del litoral..... hasta que el ángel de la indepen-

dencia neerlandesa, protector de la vida y los anhelos del stathouder, tiene que abatir sus alas ante Amsterdam, guardada y defendida con espartano tesón por el capitán Francisco Verdugo (18-Julio-1572).

Meses más tarde es cuando rendida Mons, puerta militar en el Hainaut para el paso de Bruselas, se acude en socorro de Ter-Goes, defendida por unos cuantos españoles y walones que manda el capitán Isidro Pacheco y cercada por siete mil orangistas, y allá acuden los soldados de Mondragón y de Verdugo, atravesando en cinco horas las tres leguas de ancho que tiene el canal de Bergen op Zoom, «con el agua al cuello y llevando sobre la cabeza los frascos de la pólvora y la cuerda-mecha de los arcabuces y éstos puestos en alto» (21-octubre-1572).

Y sobre la marcha nuevamente; los cuadros de la guerra no admiten soluciones de continuidad.

Ahora hay que ir sobre Haarlem, foco del calvinismo; que Antonio Pictor avanza sobre Leyden con mil hombres dispuesto a romper el dique de Naarden para impedir la llegada de los Tercios; pero logran estorbar tales designios los walones de Amsterdam, «guiados por el capitán Francisco Verdugo», y son degollados en su mayor número los nacionalistas», y se ahogaron huyendo los más del resto, y la cabeza de Pictor la llevaron al Duque de Alba», y éste se apresura a comunicar al Rey de esta guisa: «Se ha reconquistado Zutphen, se ha reducido a escombros la villa de Naarden y, como en Sparendam..... han sido cercenadas las cabezas de burgueses y soldados sin escaparse hombre nacido». ¡Elocuentísima y amena correspondencia! (19-Diciembre-1572).

Los sitiados de Haarlem, dando ejemplo de los más nobles esfuerzos de patriotismo que registra la historia neerlandesa, repelen bizarramente las acometidas de las tropas que acaudilla Fadrique de Toledo, quien, «más feroz que su padre», lanza la cabeza del vencido jefe orangista dentro de la plaza de Haarlem, diciendo en un escrito: Ahí va la cabeza del traidor Pictor que abrió las puertas de Mons a los enemigos del Rey». Al siguiente día, junto a la

tienda de campaña del de Alba, caen once cabezas de españoles arrojadas desde la plaza y acompañadas de otro escrito en que se lee: «Ahí van esas cabezas a cambio de la de Pictor; diez con arreglo al impuesto de la décima, la restante en concepto de usura.....».

El sitiado se enardece, el sitiador flaquea, para reaccionar rápidamente ante inesperada y bien dispuesta empresa del capitán Francisco Verdugo. Una de las palomas mensajeras que utilizan los sitiados de Haarlen ha hecho conocer que se aproxima el de Orange con nutrido convoy y miles avezados luchadores. El instante es tan decisivo como difícilísimo es el propósito del capitán Francisco Verdugo, y..... ¡al asalto! con sus walones, arrostrando todos los peligros, sin arredrarse por nada. Vuelan minas y contraminas, destrozando a los atacantes. Ayes, imprecaciones, horrísono atronar de la artillería, humo densísimo, cuerpos desmembrados, barrizales amasados con sangre..... ¡Guerra! Y los soldados de Verdugo, y él al frente, encarámanse sobre multitud de cadáveres..... entre los que exhala el postrer suspiro otro esforzado y heroico capitán toledano Juan de Ayala, y en Haarlen conquista Francisco Verdugo el empleo de coronel; que, así como durante las fases de la guerra en Holanda pudo apreciar el Duque de Alba en todo su valer especialísimas cualidades políticas y poliereóticas del capitán Francisco Verdugo, en los momentos culminantes le entrega patente de Coronel de Infantería en nombre del Rey Felipe II, y rendida Haarlen le encomienda el gobierno de la plaza y le confiere un cargo hasta entonces desconocido en la milicia: «Sargento Mayor de todo el Ejército»; conjunto de funciones de General Jefe de Estado Mayor y de «discretísimo gobernante» (12-Julio-1573).

¡Sargento Mayor del Ejército! ¡Y de qué Ejército! Basta recordar con el que hizo su entrada en Bruselas el Duque de Alba: Sancho Dávila, Bernardino de Mendoza, Cristóbal Mondragón, Alonso de Ulloa, Sancho de Londoño y otros no menos insignes capitanes; los más, hábiles diplomáticos y cultísimos escritores, prestigios, en fin, enaltecedores de la privilegiada estirpe de aquellos soldados que «tenían que

batirse de frente, de flanco, de espaldas, con pluma y con espada, con cañón y con tintero, con lealtad y con insidia», contra ingleses, alemanes, franceses, suecos, y..... contra la lenidad y la imprevisión del gobierno de España, que, «con singular empeño, ponía a prueba su paciencia, seguro, como siempre estaba, de los alientos sublimes del arcabucero castellano, émulo en toda ocasión de los legionarios de Roma».

Empero a pesar de tamaños sacrificios no se vislumbra un posible afianzar para la conservación de los Estados de Flandes. La guerra continúa más encarnizada y más tenaz que nunca, prodigándose jornadas pletóricas de homéricos instantes y furiosos encuentros, audaces ataques y ensañados contraataques y osados trabajos de aproche, de que tanto participa el coronel Francisco Verdugo, improvisando naves y barcazas cabe los muros de las mismas plazas asediadas y librando horrorosos combates navales entre aguas sobre las que flotan rojos coágulos, miembros humanos..... ¡Guerra!

¡Haarlen! Sólo cediendo al llanto de las mujeres, destacadas peleadoras durante el asedio, al temer por la vida de sus hijitos, ríndese Haarlen. Mas la gloria alcanzada por España corónase con un acto de indisciplina preludio de otros más graves, y..... ¡cruel ironía! En el fausto día que el cristiano conmemora «El triunfo de la Cruz», hasta dos mil soldados, franceses e ingleses, y walones también, sin distingos de edades ni jerarquías, van expirando de las horcas. Y..... en ocho meses de sangriento luchar han desaparecido cuatro mil vidas del ejército realista, y dentro de la plaza y en los intentos de socorro trece mil..... ¡He aquí toda una victoria!

Después hácese fuerte Guillermo de Nassau en todas las comarcas navegables, asesta el golpe de gracia a la escuadra española que manda el heroico Conde de Bcussú en el Zuider Zeé, y..... el Duque de Medinaceli, «regio fiscalizador de Alba», informa al Rey diciendo: «La independenciam de Holanda es un hecho». Se le olvidó agregar: «En Haarlen portáronse bien los walones de Francisco Verdugo. Las demás «naciones»..... insubordinadas» (12-October-1573).

Es entonces cuando Felipe II procede con máxima determinación. Medinaceli, tan remiso para acudir a Flandes, no escatima ocasión ni pretexto para cesar al lado de Alba. «Que uno y otro Duque salgan de los Estados», y que el Comendador mayor de Castilla, Luis de Requeséns, deje la Embajada de Milán y marche por la posta a relevar a Alvarez de Toledo.

El nuevo Gobernador-Regente de Flandes, llega a Bruselas (17-*Noviembre-1573*). Doce días más tarde jura el cargo. Trae instrucciones suscritas por el Rey há ocho meses. Dicen cómo «ha de proceder en lo que toca a la regencia, gobernación y administración de los Países Bajos y Borgoña». No faltan las secretas referentes al «Gobierno de la gente de guerra y otras cosas y negocios».

No obstante, permanece en Bruselas Alvarez de Toledo. Se encuentra enfermo. No es de extrañar, dada la vida de trincheras que ha disfrutado estos años. Pero tal cariz van augurando los días..... y, ¡al fin!, coincide la mejoría de Alba con la llegada de un mensajero que en nombre del coronel Verdugo visita a uno de los esbirros del Duque, «deseando plegue Dios remedialle la dolencia presto»..... y el Duque de Alba sale precipitadamente de Bruselas con dirección a Génova, «abrumado con las maldiciones que hoy siguen vibrando en las pacíficas plumas de férvidos neoprotestantes» de Flandes, donde aún perdura la idea de que «el Duque de Alba no debiera haber ido nunca a aquellos Estados o no debiera haberlos dejado a aquel tiempo (18-*Diciembre-1573*).

Almirante de la Armada.

HA de reconocerse cumplidamente. El Comendador Mayor de Castilla y General Gobernador de Flandes, Luis de Requeséns Zúñiga, garantía prócer en muy escabrosidades diplomáticas y en hazañosas jornadas de la talla de las de Lepanto, no da paz a la mano con acertadas medidas de buen gobierno y exquisitas actuaciones cerca de Francia, Alemania e Inglaterra, cooperadoras al belicoso empeño del Príncipe de Orange Guillermo de Nassau.

Los férvidos anhelos del Regente convergen también a restañar las «úlceras abiertas por el Duque de Alba»; mas no es tan asequible variar el tenebroso ayer de Flandes ínterin no ceda Felipe II de sus inflexibilidades de *re* religiosa y de esquivar cuanto a auxilios exigibles demandan el honor y el vivir del Ejército acumulado en los Estados. Porque persisten las mismas causas e incrementadas por mayores efectos que en los días de Alvarez de Toledo.

La población civil: comerciantes, campesinos, plebe, incluso la masa neutra que ni sigue el de Nassau ni acepta de buen grado el Gobierno español, muéstranse excitados e interpretan cual debilidad de carácter y carencia de energías en el Gobernador al perdurar el equívoco administrativo y la imposición de odiosos tributos, que pesan más que dogmáticas intransigencias sobre el descontento del país y que tan directamente influyen hacia el desafecto a España.

Procura Requeséns no caer en el abismo que abre a sus plantas el «divide y vencerás» de Orange, y al que los momentos le conducen, porque el ejército realista persevera culminando prodigios de sobriedad y de resistencia física; pero se encuentra fragmentario y diseminado. Los mismos Tercios que «mantiene» España en Flandes, no son ni sombra de aquellos famosos que al mando de su Maestre de campo comprendieron hasta quince compañías formadas con

tropas exclusivamente españolas reclutadas en la Península. Ahora son unas mermadas unidades que hoy, al igual que nunca, alternan y comparten reveses y fortunas y miserias con los otros abigarrados cuerpos constituídos en «Regimiento regido por un Coronel», en cuya agrupación, también ya de limitadas y disgregadas compañías nutridas por «naciones», se suma a los walones o belgas vasallos del Rey de España y de los que son irreconciliables enemigos los holandeses, el más heterogéneo conjunto de mercenarios borgoñones, suizos, suecos, italianos y toda la gama de razas alemanas.

Gaspar Robles, Cristóbal Mondragón y Francisco Verdugo son los tres únicos españoles que en la época alcanzaron títulos de Coronel.

A Gaspar Robles vémosle materialmente confinado en la Frisia, engarzando heroicidades sin cuento y abandonado a su suerte. Luego veremos clavado a un poste su cadáver y podremos reconocerle por la cadena y medalla de oro que siempre lleva pendiente del cuello.

A Cristóbal Mondragón hallámosle en Middelburg, en la única ciudad que conserva España en Zelanda, resistiendo homéricamente hace dos años un pertinaz sitio, sin disponer ya de municiones de guerra y sin poder utilizar como de boca más que pan de linaza y..... «cuantos inmundos animales queden por devorar en Middelburg».

A Francisco Verdugo le encontramos en su gobierno de Haarlem, tan exento como los demás de protección y amparo, considerado cual elemento capaz de hacer posible lo imposible con..... «su zelo», y hasta obligado a proporcionar «ayuda y asistencia» al Maestre de campo Francisco Valdés, que tantos peligros arrostra por tierra de Leyden.

A todo esto teniendo por «campo de batalla» comarcas abiertas a invasiones del mar y de incontables enemigos, surcadas por laberínticas corrientes y canales que al abrir o al romper de sus diques y esclusas transforman la vastísima campiña en imponente pantano que obligan a trocar en combates navales las contiendas que horas antes dirimieran a pie firme el infante y el jinete, y a montar la artillería en

embarcaciones encalladas cuando no varadas y que luego navegan sobre tierras y prados inundados por aguas que cubren caseríos y arboledas.

Hay que volver los ojos a la realidad: hacer armada. De España no llegan auxilios de ningún género; menos de orden marino. No hay medio humano tampoco que poner en práctica para conseguir la libertad del heroico Conde de Boussú; y como a medida que se sucede la epopeya española en Flandes, ejemplariza el Coronel Francisco Verdugo con sus especiales cualidades políticas y técnicas, diplomáticas y estratégicas, el Comendador Requeséns confía a Verdugo la reorganización y el mando de la armada del Norte con el título de Almirante, e informa al Rey enalteciendo la energía, fidelidad e inteligente perseverancia del toledano Coronel, y el Monarca hace merced de 500 ducados de renta por vida al «Almirante Francisco Verdugo».

Una carta de Requeséns remitida a Verdugo desde Amberes, por mediación de Gonzalo Bracamonte, hace referencia a la augusta concesión al escribir el Comendador al Coronel:

«Muy magnífico señor: Recibi la carta de v. m. de 3 de éste, y por otra mía habrá visto cuán informado estoy de lo bien que ha servido a S. M., y pésame de que la gratificación no haya sido la que v. m. merece, y yo no faltaré de procuralla en lo que por mi parte pudiere, y agora es tiempo que todos atendamos a servir como sé que v. m. lo hará».

En la misma carta dice Verdugo:

«Ya había sabido la gente que se llevó para rehacer las compañías de su regimiento, porque luego que me encargué de este Gobierno se me pidió licencia para ello, y huelgo de saber que sea ya llegada, y he dado orden que sea socorrida como las demás, y al contador Castellanos que demás de esto envíe una paga en paños para ese regimiento, confiando que v. m. dirá claramente, con muestra y sin ella, la gente de servicio que tiene, pues aunque en cualquier tiempo se ha de hacer esto, así mucho más en él que agora estamos, que la necesidad que S. M. tiene de gente y dinero es tan

grande; placará a Dios remedialla, que guarde, etc.» (20-Febrero-1574).

Siete días más tarde escribe Requeséns: «Volvió anoche Julián (Valdés) con su gente y háme dicho las mayores lástimas del mundo della.... y es tan grande el descontento de los soldados como los entretenidos y los demás de verse con tanta pobreza.... de las doce compañías no puedo sacar quinientos hombres, ni tengo en Brabante otros españoles sino éstos, y así este edificio se va cayendo de golpe, porque debe así la voluntad de Nuestro Señor, porque lo merecen nuestros pecados, al menos los míos».

Unase a esta serie de calamidades la justificada preocupación del Comendador respecto a Middelburg, en cuya plaza «la miseria era tanta, que después de haber devorado los animales más inmundos no quedaba a sus heroicos defensores otro alimento que.... los cueros de aquellos animales».

¡Oh, Middelburg! Preciso ha sido revolver conforme presumía Francisco Verdugo, conocedor del pundonor y de los arrestos de su antiguo Coronel Mondragón. «El General Gobernador ordena al Coronel Mondragón que se digne capitular». Y justo es consignarlo. La numantina actuación de los españoles en Middelburg ha sabido apreciarla el Príncipe de Orange, por lo que permite el salir de la plaza sitiada a las tropas con todos los honores: armas, banderas, cajas y bagajes y desfilando ante el enemigo al frente de su Coronel Mondragón (18-Febrero-1574).

Empero una segunda parte está reservada a la capitulación. Facilita al de Nassau adueñarse nuevamente de casi toda Zelanda, abrirse paso hacia el Brabante y llevar sus tres ejércitos contra Maestricht y Amberes. Mas en el continuado tejer y destejer del pelear en Flandes, pónese la fortuna del lado de España y los tres afamados generales orangistas: Luis de Nassau, hermano del Príncipe de Orange, y Guillermo y Enrique, sus sobrinos, quedan sobre los campos de Mook tras bizarra y enconada lucha; que el intrépido Bernardino de Mendoza acomete de flanco al contrario, sin romper el enlace con huestes de Verdugo.

¡Victoria! Victoria, sí; pero no hay que abandonarse al júbilo por el triunfo conseguido. Aquí de lo de Haarlén, advierte el Coronel Verdugo precabiendo la tormenta que se avecina. En efecto, en tan regocijador instante, estalla la más enorme de las sediciones. Es que ya desesperanzados los Tercios reclaman sus haberes, que há cuatro años no perciben; abandonan los cuarteles y en correcta formación marchan hasta Amberes, apodéranse de la opulenta ciudad, expulsan a la guarnición walona, establecen su forma de gobierno previa la designación del «caballero Electo», y al Comendador y al Consejo del Rey participan que no admiten promesas sino dinero; comenzando por el abono de las pagas adeudadas a los que murieron en campaña; «porque juramos a Dios y a la señal de la Cruz de no tomar blanca hasta que les den paño a los muertos como a los vivos, ni salir de Amberes sin sus pagas y las nuestras aunque se pierdan todos los Estados» (17-Mayo-1574).

¿Electo? Sí. Característica de aquellas rebeliones era siempre despedirse de la oficialidad y elegir por Jefe superior a un soldado raso, que por eso se llama «electo».

¡Ah! Pero no olvidan el elevado concepto que del honor militar debe entrañar el soldado español. Seis salen a mero-dear. Un centenar de campesinos les acomete. Cinco soldados les hacen frente. Otro huye. Minutos después es el infeliz pasado por las picas de sus compañeros.

E inútiles son los esfuerzos realizados por Requeséns para atender la penuria del soldado. Infructuosas resultan las resoluciones de derribar la estatua que el Duque de Alba se erigiera en Bruselas años antes, y de publicar una amplia amnistía, con objeto de atraerse a los del campo orangista. Es tan justificado como profundo el descontento en todos los órdenes; y la misma amnistía firmada por Felipe II viene a reverdecer recriminaciones y amenazas, pues ella exige a Flandes una subvención de dos millones de florines durante seis años (10-Marzo-1574).

Con sobrada razón reitera Requeséns al Rey Felipe II: «Ninguno como el Coronel Francisco Verdugo puede decir que haya seruido mejor en estos Estados que él y pocos

también. Y despues que yo enellos estoy, no ha holgado una hora y ha sostenido su Regimiento sin amotinarse, no habiendo tenido mas paga que los otros y estando siempre (como está agorá) en lugares de mas trabajos y peligros y siempre a las manos de los enemigos; demás de lo qual tiene a su cargo la armada de Holanda y villa de Haarlén y de todo dá buena cuenta.»

¡Sursum corda! Aún el brumazón de los Países Bajos órlase con irisaciones de oro y de sangre, patentizadoras de no haber sido abatida en un todo la bendita enseña española.

Sí; aún conserva España en Holanda las importantes plazas de Amsterdam y Haarlén.

¡Feliz coincidencia! Tierras y ciudades que ciñe la órbita gubernamental y defensora de un soldado que, toledano por nacimiento y luxemburgués por adopción, ha adquirido en Flandes popularidad inigualada: Francisco Verdugo.

Cartas raras.

NUESTROS juicios respecto a los merecimientos del Coronel Francisco Verdugo pudieran interpretarse «influencias de patria chica». Cedamos, pues, la palabra al propio Comendador Requeséns con la correspondencia habida entre uno y otro, y al par quedará más fielmente retratada la difícil situación en que se encuentran los Estados de Flandes, su Gobernador general y su Coronel Sargento Mayor y Almirante.

«Muy magnífico señor: Ayer tarde me dió el alférez de v. m. su carta de 18 deste, y antes había rescebido la del 13, y a entrambas responder en esta, y començando por lo que v. m. me dice de la necesidad que pasa su regimiento y de lo que se desea que se le tome muestra y dé algunas pagas, o que se despida, y lo que v. m. discurre sobre el trabajo que ha pasado y servicios que ha hecho, digo que destos y de las partes que concurren en la persona de v. m., tengo yo tan particular relación, que me ha obligado a escribillo más de una vez a su Majestad despues que estoy eneste Gobierno, y a desear ocasiones en que mostrar a v. m. la satisfacción que dello tengo. Pero las que se me han ofrecido en las necesidades de por acá han sido de manera que no puedo remediar como deseo, las de todas partes.»

En esta carta, rememoradora de la diafanidad o «fe» relacionada con la «muestra» o «revista de comisario» en Flandes, dícele Requeséns al Coronel Verdugo que «el repartimiento» de lo consignado para Holanda ha sido... «conforme a las relaciones que han dado los contadores, porque yo no puedo ver tan particularmente las cuentas como querría, y de que de su yerro haya alcanzado parte al regimiento de v. m., me pesa a mi mucho.....». Es más, reconoce la razón que a Verdugo asiste de que, si a los sediciosos se abonaron las pagas adeudadas.... de justicia es satisfacer los haberes a aquéllos que permanecieron fieles; pero por ené-

sima vez reitera la imposibilidad de hacerlo por causas de todos conocidas; y en la bien cimentada confianza que al Gobernador General le merece el Coronel Francisco Verdugo, manifiéstale que rehusó más de un año el Gobierno de Flandes; que el cargo lo aceptó contra su voluntad y llevado de la obediencia que todo súbdito ha de profesar a su Rey; que a su llegada a los Estados encontró tantos millones de deudas «y tantos de costa ordinaria y tan poca ayuda enellos, que nada ha sido suficiente, y este motín de Amberes y el exemplo que de el han tomado las otras «naciones» para hacer lo mismo y otras cosas que por nuestros pecados han sucedido» le han puesto en tan extrema necesidad que no puede acudir a todas....

En otro párrafo de tan sustanciosa carta prodúcese así Requeséns cerca de Francisco Verdugo: «Por tener a v. m. en la estimación que al principio dije, he querido decille todo esto, y aseguralle que desco remediar las necesidades de su persona y regimiento, y que cuando no se hiziera, entienda que es por no poder más, y que los que nacieron con la obligación de v. m., me han de ayudar esta carga y trabajo, que si bien estoy en el mayor que nunca hombre estuvo por faltarme dinero para todo, se ha de esperar en Dios que, como en causa suya, ha de abrir el camino para el remedio por donde no pensamos».

Hasta aquí algo de lo referente a Francisco Verdugo en plan de Coronel. En el de Almirante, tampoco puede mostrarse Requeséns más espléndido al decir: «Las urcas que se escaparon de España y han llegado ahí y a Zelanda, habrán hecho gran daño a la venida de nuestra armada y han sucedido tantos inconvenientes para esta que me tienen con gran cuidado, como lo son, entre otros muchos, haber quitado las torres y señales para las honduras y navegación y no haber en toda esa provincia puerto seguro, y lo que v. m. dice del de Hemdem es de mucha consideración, porque no se si sería fácil el poder nuestra armada tomar el dicho puerto y villa de Hemdem, luego en llegando con sola la gente que trae; todavía sin que lo entienda nadie, me invíe v. m. una muy particular relación de la calidad y fuerza de

aquella villa y puerto y de cualquiera otro de que en esa provincia lo parece que nuestra armada se podía aprovechar, así en Holanda como en Zelanda y en cualquier otra parte..... que aun cuando yo tengo desto diversas relaciones, holgaré mucho tenella de v. m., etc., etc.». (Amberes-22-Junio-1574).

En resumen: Las tropas del Coronel Francisco Verdugo, más asendereadas que las de guarniciones ordinarias y aun las de campaña, carecen de lo imprescindible; al Comendador no le es asequible realizar mayores esfuerzos económicos, porque hasta el dinero en que ha convertido sus joyas particulares es insuficiente a remediar tamaños atrasos; y pues con lo ocurrido en Amberes «la causa de España recibió un golpe mortal, que hasta en las provincias católicas el odio de raza se hizo más profundo», no encuentra Requeséns otro puerto de esperanza que el flanqueado por la abnegación y la lealtad del Coronel-Almirante Francisco Verdugo, «como de persona que tiene tanta experiencia de estos Estados y tanto zelo al seruizio de su Majestad».

Días más tarde escribe el Gobernador General de Flandes al Rey de España: «espero por horas saber que haya desamparado nuestra gente los diques y fuertes que teníamos en Holanda y metídose a comer en las villas que pudieren de Utrech y Overyssel y, si hacen esto, perderse han las de Amsterdam y Haarlen y lo demás que allí tenemos. Las compañías de españoles no se han podido pagar y demás del peligro no pueden sustentarlasy la tierra donde están; y lo mismo acaece a las armadas de Amberes y Amsterdam.....» (8-Julio-1574).

Empero las famélico-terrestres-marinas huestes de Francisco Verdugo siguen a su Coronel disciplinadas, sufridas, leales, dando ejemplo a todos. ¿Que merodean? Sí. El hambre obliga. También el soldado de Francisco Verdugo, de vez en vez, como en turno señalado, se aparta del bajel o de la plaza y se adentra por campos y caseríos en pos de «lo que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia»; mas a la hora de la facción o al primer batir del parche, ni uno sólo deja de ocupar su puesto pres-

tamente, aun cuando la búsqueda sea infructuosa y prosiga saliendo frío el aliento del estómago vacío del soldado.

Aun dentro de los precarios instantes que «disfruta el Coronel Verdugo», se le encarece el intensificar su esfera de acción y proporcionar la máxima «ayuda y asistencia» a otros Coroneles y Maestros de campo, que por algo él es el Sargento Mayor, y atender cuanto concierne a la armada, que él es el Almirante. Escuchemos lo que escribe Requeséns a Verdugo:

«Muy magnífico señor: bien hará dos meses que no he rescebido carta de v. m., aunque me acuerdo de haberle escrito algunas eneste tiempo, que es de tanta necesidad y carestía de dinero, que me falta para muchas partes, y siendo todas tan forzosas, bien puede entender el cuidado que me debe de dar; pero con todo esto se ha proueido para los gastos desa armada de pocos días acá, una vez 6000 florines y despues 20000, que lo uno y lo otro se que ha llegado, y aunque parezca pequeña suma es muy grande respecto de las necesidades, y assi entiendo que con ella y la buena diligencia y maña de v. m. se debe entretener bien esa armada, y porque de la de España ha mil días que no tengo aviso y pierdo ya la esperanza de su venida, siendo el tiempo tan adelante, holgaré para el caso que no venga, que se sabrá con el primer correo, que v. m. me avise los navíos que forzósamente le parece que deben ahí entretenerse, y quales, y con que número de gente y que costa harán en cada un mes, los quales han de ser aquellos que bastaren a guardar ese puerto y entrada y los canales y no para fuera, pues no viniendo la armada de España no podemos ser señores de la mar.

»Por avisos del Maestre de campo Valdés entiendo la necesidad en que está Leyden y el esfuerço que el Príncipe (de Orange) hace para socorrerla; bien entiendo que v. m. tiene tan buena correspondencia con el dicho Valdés que no será necesario encargarle que para lo que tocara a esto y a lo demás del seruicio de S. M., le dé toda ayuda y asistencia, mas con todo es bien que tenga entendido cuan conviene apretar a Leyden y las demás plazas, y que no sean socorri-

das, y assi v. m. en quanto a esto ayudará, por su parte, con navíos y con gente, según se ofreciere la necesidad». (Amberes-3-Septiembre-1574).

Ya es tarde para que la modesta escuadra de Francisco Verdugo acuda contra la prepotente de Guillermo *El Tuciturno*.

¡Leyden! Todavía parece repetirse el eco de los vítores lanzados en Mook y, a continuación, el del grito de «electo» en Amberes, y victoria fué la alcanzada por España. Mas al igual que en aquella afortunada batalla, cooperadora del cercar a Leyden, así también esta plaza ofrece el doloroso momento que hondamente preocupaba a Requeséns y que Francisco Verdugo se temía por la suprema razón de verse obligado a demorar la espugnación de Leyden el Tercio de Francisco Valdés, en tanto que las naves de Orange aportaban socorros y defensas a los sitiados. (14-Septiembre-1574).

Y, como a raíz de Mook, el sitio de Leyden, con la serie de desastrosas circunstancias que en tan tamaña empresa se sucedieron, truécase en volcán que difunde la devastadora lava de la sedición y los soldados españoles marchan sobre La Haya, reducen a prisión a su Maestro de Campo Valdés y nombran su «electo».

¡Ave fénix! Entre tanta decepción, el Coronel Francisco Verdugo, llevado de su espiritual entereza, procura por cuantos medios autoritarios dependen de él mantener la disciplina y volver a ella a los amotinados.

Honrémonos transcribiendo la carta que dirige a los «Muy Magníficos Señores, los Señores Electo y soldados de La Haya». «Muy magníficos señores: La de v. m. recibí en respuesta de la mía y huélgome en extremo que esos señores no estén de opinión de venir a acometer a pasar por este fuerte, y plega a Dios que así sea, porque tan mal hecha cosa no habrán hecho jamás españoles; yo e oído y visto que muchas veces se pide en semejantes negocios que les paguen, pero dejar fuertes, nunca lo he oído ni visto, ni pienso que verdaderos españoles hagan tal traición.-- Vuestas mercedes se acuerden que otros estando enojados han ganado fuertes

a su Majestad y no perdíoseles; siento yo estas cosas como español y deseoso que nuestra honra no se acabe de perder; vuesas mercedes miren bien lo que hacen, porque les juro que hallen mas dificultad en todos los pasos que si vuesas mercedes fueran turcos, y junto con la traición harán la mayor bisofiería que jamás soldados hicieron, porque con grandísimo trabajo saldrán con su intención. Nuestro Señor dé a vuesas mercedes mejor consejo y guarde sus muy magníficas personas como desean.—De Haarlen a 22 de Noviembre de 1574.—Besa a vuesas mercedes las manos su servidor, Francisco Verdugo.>

Prisionero de guerra.

Los «subcesos de Flandes» llegados a Felipe II, a la sazón en Toledo con la Reina Ana, dan origen a dos interrogantes: ¿Pero qué ejército es este? ¿Cuál su peculiar psicología? Pues es ejército en el que militan soldados bajo benditas enseñas que ensalzan un sacrosanto nombre: España, y en sus filas agrúpanse centenares de españoles que,

«todo lo sufren en cualquier asalto,
sólo no sufren... que les hablen alto».

Por eso, en medio del justificado descontento, hastiados de insidias respecto a «evacuación de las tropas españolas» y dispuestos a impedir que el Príncipe de Orange pueda alzarse Soberano de Zelanda, son los propios soldados quienes cesan de sus licenciosas actitudes y pónense en pie de guerra al lado de sus oficiales y no resulta ya fácil contener bélicos ardimientos.

Por varios sectores inicianse las acometidas. Osorio, Valdés, Mondragón, Dávila, Verdugo y Romero; «la flor de la veteranía española», jalonan las arriesgadas expediciones con que asombrarán los nuevos argonautas; y una vez más ábrense esclusas y rómpense diques y tiñense de sangre canales y pantanos al seguir por el curso del Escalda y del Bergen op Zoom, anónimos héroes, con el agua que hasta el cuello sube y entre tenebruras que a intervalos fulminan el rayo y el relámpago.

¡Santiago y España! Es alerta y guión del fantástico tropel en que forman humildes y valerosos hijos de la región toledana. Al albor del día arriba la vanguardia a Duive Land. ¡La vanguardia! Unos cuantos arcabuceros que «valían cada uno por tres y eran todos juntos invencibles», son el «ejército» que toma tierra; y tal desconcierto causa la mefistofélica aparición de aquel puñado de hombres, que los franceses, ingleses, escoceses y zelandeses, que guarnecen la plaza

y castillos de Bommel, huyen, presa del más imponente pánico, mientras Requeséns permanece en Thollen con el resto de las fuerzas impetrando protección divina a favor de los audaces luchadores (28-Septiembre-1575).

No se detiene ahí el ánimo del soldado español. Ha logrado otra victoria, evidente; pero también es cierto que no hay que dormirse sobre los frescos laureles, pues no ignora el Coronel Francisco Verdugo que si Guillermo de Nassau aparece tan «profondement attristé de l'opposition tracassaire que lui faisaient alors ces mêmes Etats», puede resultar inmediata realidad la asistencia de subsidios facilitados por la Reina Isabel de Inglaterra y de nutrido contingente de hugonotes de Francia.

¡Ah! Nuevo y gallardo gesto del soldado español. Como reguero de pólvora cunden las confidencias de bandera en bandera, y son ellos mismos, los diezmos Tercios y los walones de Mondragón y de Verdugo quienes, renunciando al descanso ofrecido por sus capitanes, se oponen a que el pelear se interrumpa y forman anhelantes para proseguir la lucha, cual si se tratara de tropas de refresco y no asende-readas ni agotadas por cruentas jornadas y aniquiladoras hambres; y en el tráfago de tan tenaces impulsos, van ciñendo y avanzando y apoderándose del archipiélago zelandés, que era casi inexpugnable refugio de la insurrección.

Más no nos abandonemos a tan raudo y triunfador vuelo. En este proceloso avanzar no le es dable a Requeséns seguir junto a sus huestes. Acrece la pertinaz fiebre que viene minando la existencia del Comendador a medida que ve cómo toda la labor desarrollada y las proezas realizadas pasan a ser dominios de la esterilidad; pues cuando «ni los mercaderes españoles ni los genoveses querían dar un real ni negociar con España», y tantas exorbitantes sumas se adeudan a las gentes de armas e infantería y herreruelos, y las escaseces propulsan desconfianzas y las privaciones enervan el físico vigor, Felipe II anula cuantos compromisos financieros tiene contraídos con el comercio desde 1560 por considerarlos usurarios.....

Imposible ya sostenerse dignamente el Gobernador Gene-

ral de Flandes. Ante tamañas inflexibilidades y determinaciones del Rey, propone para el mando militar al Conde de Mansfeld, y para la acción política, al de Berlaymont, próceres muy queridos, ¡hasta entonces!, de sus compatriotas y de sus compañeros de Consejo.

¡Buena la hicísteis, Comendador! Válese de esta proposición el Consejo de Estado. En su seno explota el volcán de la sórdida discordia, incrementada por la característica demora en el resolver de Felipe II, y los mismos miembros que hostiles a España juraron, con reservas mentales, fidelidad al Rey, truécense en poderosos factores que estimulan execrables furoros en el pueblo, y..... muere repentinamente Requeséns en Bruselas cuando «los ecos del motín llegaban hasta las murallas de la plaza y las maldiciones a las ventanas de su palacio». Así ha muerto el gran patriota. Y «en medio de tanta pobreza que, a causa de ella, hubo de diferirse por tres días el entierro» del Comendador Mayor de Castilla y General Gobernador de Flandes, Luis de Requeséns Zúñiga. (5-Marzo-1576.)

No murió como merecía haber muerto tan relevante figura de España, cuyo temple de alma supo brillar en portentosa gesta y cuyo corazón fué ara santificada por la bondad y el pundonor; pero murió..... cuando no merecía sobrevivir al desagrado, desprecio y olvido de la agrupación patriótico-ciudadana que había organizado en pro de la paz y bienestar del país, muy ajeno a que los taimados cabezas de aquella milicia engrosaban otras amparadoras de venganzas, crueldades y exterminios.

Dos comarcas: Holanda y Zelanda, las más absorbedoras del Erario español y en las que desesperadamente defienden el pabellón español los coroneles Mondragón y Verdugo son las que se significan en el «horror a España». Sobre la base de aquellas regiones propúlsase el infeccionar a todas el virus que alberga la dorada píldora de «libertad y privilegios»; y empujando soberbias juveniles lógrase asentar al miedo su trono en Bruselas desde el instante en que Guillermo de Horn, abrogándose la representación del nuevo Consejo de Flandes, hace prisioneros al Conde de Mansfeld,

al de Berlaymont y a cuantos otros consejeros flamencos siguen el partido de España. Los españoles: Jerónimo de Roda, Alonso de Vargas y Julián Romero, acógense al refugio que Amberes les brinda. Los tres únicos coroneles de la Infantería española: Gaspar Robles, Cristóbal Mondragón y Francisco Verdugo, tampoco se ven libres de prisión: pero después de embarazar los movimientos de los rebeldes por tierras de Frisia, Zierikzeé y Amsterdam y a cambio de salvar la vida de «unos cuantos españoles y walones que, en junto, formaban las filas de tan renombrados coroneles». Es que aprovechando el descontento de las «naciones», fundamentado como siempre por la endémica dolencia del atraso o carencia de pagas, los rebeldes, que son miles y bien pertrechados, consiguen que los Estados y las tropas españolas, unos seis mil soldados dispersos, exhaustos, acorralados y víctimas de engaños, se alcen en abierta manifestación.

¿Todos los Estados? No. Ni todos los soldados. En medio de la horripilante hoguera que amenaza al país y a medida que la revolución coadyuva a la anarquía y a la pérdida de la inmensa mayoría de las ciudades, plazas y castillos que tanta sangre y tanto oro representan; un Estado permanece cual ave Fénix ejemplarizando con su fidelidad y cariño a España: LUXEMBURGO; y un Regimiento, el de Francisco Verdugo, se mantiene con respeto a pesar de las formidables sediciones que le acosan, «citándose a este Coronel cual el único y último español que abandonó Holanda, previa orden superior y al frente de sus soldados».

Por enésima vez, a pesar de sus exacerbaciones en ingratos momentos hay que rendir homenaje al soldado español. Con un puñado de ellos, la columna errante de Alonso Vargas, da buena cuenta de dos mil infantes y ginetes contrarios que encuentra por Lovaina y Tirlémont. Julián Romero, con otros cuantos, rodea y pasa a cuchillo a cientos de sediciosos en las cercanías de Manilas y Amberes. A los que triunfantes en Zierikzeé se amotinaron e hiciéronse fuertes en Alost, «llegan lenguas» de hallarse prisioneros en Amberes los coroneles Robles, Verdugo y Mondragón y también su

esposa, y que el Maestre de campo Sáncho Dávila está en apurados trances defendiendo la ciudadela. ¡Ah! Eso no pueden soportarlo quienes saben y sienten del honor de España; y aquellos soldados, al gritar de ¡Santiago y España! forman al mando de su «electo» Juan Navarrete y emprenden rápida marcha; «y tal era su ardor o coraje que al entrar fatigados (ocho leguas en siete horas) en la ciudadela y ofrecerles Dávila descanso y alimento», contestan sumisos al par que briosos: no es ocasión de entretenerse en esos menesteres. Ahora al ataque; a entrar en Amberes. Hay que arrancar a los prisioneros de las garras de los rebeldes bellacos..... ¡Santiago y España! ¡Al asalto! ¡A Amberes!

Luego, ya, ¡la guerra! «La furie espagnole» que dejó plasmada la papeleta de Baeckker. El endiablado fruto acumulado en la enmarañada red tejida por indistintamente católicos, ya protestantes, que a su vez difieren o muéstranse indecisos en seguir adictos a España o aniquilar al de Orange. Pero, ¡al fin! fruto maduro que falaces y ambiciosos hicieron gustar con envenenamiento del alma plebeya.

Hoy mismo la hermosa Amberes, la patria exilio-adoptiva de la gloria pictórica de Rúbens, recuerda con justificado pavor la trágica noche en que Felipe de Egmont busca asilo en un templo, ya saciada su sed de venganza por la muerte de su padre, pues el Conde de Everstein pagó con su vida el premio a que su traición le hizo merecedor, y sólo al Coronel Francisco Verdugo se entrega prisionero «el célebre Conde de Egmont, que no quiso rendirse sino a él, en la Abadía de San Miguel» (4 a 30-Noviembre-1576).

«Nuestro Señor se ha seruido lleuarse al cielo al mejor criado y ministro y al más fiel uasallo que V. M. tenía en el seruicio», escribe Roda al Rey comunicándole la muerte del Gran Comendador. Mas, no obstante tan reconocidos méritos, demórase cumplir la postrera voluntad de Requeséns. ¡Al fin! desde Flandes es trasladado el cadáver a España y, juntamente con los restos de su hijo Juan, fallecido en Toledo (1559-77), recibe definitiva sepultura en la iglesia del Palau de Barcelona, el esclarecido español Luis de Requeséns Zúñiga. (7-Septiembre-1577.)

Gobernador-Superintendente.

A través de los campos de Francia, siguiendo senderos que cubren crujiente hojarasca y que intérganse en tupidos bosques, marcha un maduro mozo, cuyo humilde indumento, bronceíneo rostro, enmarañada barba y lacios cabellos, denotan que ha vivido más la inclemencia que hogareñas placideces.

Probablemente, uno de tantos a quien llegaran nuevas de que por aquellos terrenos se demanda gente dispuesta a dar el pecho y librar la vida, empuñando la pica o el arcabuz. Alguien asegura que se trata de un criado de Octavio Gonzaga, hermano del Príncipe Menfi.

Su andar lo dirige hacia Luxemburgo. Tres días más tarde se adentra el caminante hasta la capital del Estado, siempre fiel a España. Luego vémosle al lado de una dama que peina hilillos de plata y conserva rasgos de belleza, y efusiva abraza al recién llegado, que ya trocó su modesto vestir por otro de marcial apostura y se ha desprovisto del color que antes teñía el pelo y la barba. Es otro el personaje, si bien en él persiste el moreno natural de un rostro varonil curtido por el aire y el sol.

Con tan incógnito porte, se ha presentado en Luxemburgo el nuevo General Gobernador-Regente de Flandes. Hasta este momento no ha sido posible conocer que Bárbara Blomberg, la bien amada de Carlos de Gante, estrecha contra su pecho al «Jeromín», que en la infancia educó cual verdadera madre la noble dama de la corte española, Magdalena de Ulloa. Ahora ya puede asegurarse que, no obstante confidencias y vigilancias, se encuentra en Flandes el hermano del Rey Felipe II. (4-Noviembre-1576.)

Viene a ocupar el cargo que hasta meses antes desempeñara su dilecto amigo y decidido lugarteniente en Lepanto, Luis de Requeséns Zúñiga y al igual que su antecesor ha agotado lentitudes y pretextos para evadir la toma de pose-

sión de carga que sólo ofrece espinosa corona tejida con infructíferos sacrificios al llevar a la práctica instrucciones secretas del Rey.

¡Y en qué señalado día llega a Luxemburgo el ínclito don Juan de Austria! Cuando su Gobernador es prisionero de los Estados rebeldes y flamean las hogueras en Amberes y sus calles enrojécense con sangre, y España no dispone ni de hombres, ni de bastimentos, ni de dinero; cuando todo el país hállase empobrecido por exorbitantes tributos, y aniquilado por la peste y es un verdadero infierno alentado por abominables odios que dividen a los mismos naturales, a los que daban impulsos la venganza y la traición; cuando ya está redactada el «Acta de Unión de los Estados» y acordada la inmediata destrucción de cuanto recuerda al Duque de Alba; ¡ah! y la radical y rápida expulsión de los españoles que existan en Flandes.....

Nada facilita la entrada del Regente en la corte de Bruselas. Ha de continuar en Luxemburgo, negociando desde esta acogedora ciudad con los «Estados». Mas sí es oportuno que el Coronel Francisco Verdugo, a quien únicamente a él se entregan nobles conjurados en Gante, intensifique su actividad y energía con el grupo de hombres de armas que le siguen incondicionalmente adictos.

Breda, la gran plaza fuerte de Brabante septentrional, la cuna de la Convención de la nobleza holandesa, es la zona más codiciada por el Príncipe de Orange; y a Francisco Verdugo, al toledano de numantino valor y serenidad incomparable, como personalidad de experimentada prudencia y en nombre del Rey, otórgansele los cargos de Castellano, Gobernador y Superintendente del castillo, villa y tierras de Breda, con todas las preeminencias y gajes que disfrutaron los señores de dicha comarca. (3-Enero-1577.)

Paulatinamente, dentro de acelerada marcha con que acucian los Estados rebeldes, se van suavizando asperezas a costa, como se temía el «vencedor en Lepanto», de claudicantes lubricaciones impuestas por obligados deseos con que también apremia el Rey Felipe II. D. Juan de Austria ha de proceder en Flandes «concediendo lo que fuese me-

ner, para acabar y salvar lo que se pudiese, pasando por muchas cosas que en otro tiempo y posibilidad no se sufrirían.....» Es ahora cuando toma distinto cauce la política seguida por Felipe II desde los días de Alvarez de Toledo. Y firmase el «Edicto perpetuo» en Marche en Fammene: la confirmación del pacto de Gante; la salida de las tropas extranjeras, por no decir concretamente españolas, como si extranjeros y mercenarios no lo fuesen los soldados que acaudillan Orange y otros magnates flamencos. Todo aderezado con semitolerancia de dogmas, restablecimiento de privilegios, y reduciendo la «escolta y casa militar» del egregio Regente de los Estados de Flandes a ochenta arcabuceros que le prestará la «Unión de los Estados»..... rebeldes. ¡Cuán indecoroso y estéril sacrificio hay que aceptar hoy, San Matías bendito!, clama D. Juan de Austria. (24-Febrero-1577.)

El «Edicto perpetuo» viene a señalar otro momento cumbre para poner a prueba la subordinación y la lealtad del Coronel Francisco Verdugo en el doloroso trance a que le condena lo estipulado: hacer entrega del Gobierno y Superintendencia de Breda al Duque de Aerschot.

¿Es posible tanta..... decisión? Sí. Se ha pactado que, en el improrrogable término de veinte días, y «para siempre, jamás, amén, salgan de las «Provincias Unidas» los españoles por ser gentes desenfrenadas y perturbadoras del sosiego público»; y apesadumbrados, indignados más bien, y llorando como muchachos, abandonan las tropas españolas aquellas plazas, villas y castillos, aquellos desfiladeros, diques y pantanos que orlaron con sublimes abnegaciones, insospechadas proezas e inmensurables prodigalidades de vidas al gritar ¡Santiago y España! Y marchan en dirección a Génova al mando del Conde de Mansfeld, formando «columna atestada de bagaje, con multitud de mujeres y niños, esposas e hijos de centenares de soldados españoles que en su larga permanencia se habían ya establecido definitivamente en Flandes».

Así también abandona el Coronel Francisco Verdugo la Superintendencia y el Gobierno de Breda; despídese de don Juan de Austria en Lovaina, donde queda materialmente confinado el Regente, y..... añorando, al andar el camino,

jornadas y hechos sin cuento, van acreciendo en su alma torturas y agobios que rompen su pecho al dar el «adios» a los españoles que siguen a Italia. Es instante en que el hombre de recio espíritu y estoico continente, que ofrecióse mil veces a la muerte, ríndese a un anublar de ojos y a un verter de lágrimas que nunca, hasta entonces, lograron bañar a su rostro. Pero, presto hácese fuerte a la angustia Francisco Verdugo, e irguiéndose sobre los estribos del corcel en que cabalga, lanza un ¡Viva España! ¡Viva España! contestan al unísono los soldados. Aun uno de ellos, antes de salvada la raya de Alemaria y dando vista al Brabante, al tiempo que alza el maltrecho arcabuz y en él su horadado chambergo, exclama estentóreo: ¡Santiago y España! ¡Hasta pronto, Flandes! ¡Hasta pronto, Coronel Verdugo! (25-Abril-1577.)

Queda nuestro compatriota en el Ducado de Luxemburgo, «a cargo de la guarda y defensa de la frontera francesa» y del Gobierno de la plaza fuerte de Thionville. Desde esta ascencial corte de los reyes carlovingios y hondamente preocupado por la salida de las tropas españolas de Flandes, persevera atento a la suerte del Regente. ¡Es tan densa la cerrazón que se cierne sobre los Estados! Sabe que ha logrado D. Juan de Austria entrar ya en Bruselas (1-Mayo-1577); que procura refrenar el furor flamenco y reprimir a los descontentos «con tal maestría de guerra que un viejo y consumado capitán no la podía mostrar mayor»; que su espíritu liberal, su discreción y esfuerzo, su presteza en ejecutar, «su fe en las promesas y su fidelidad en servir a su hermano» llevaríanle a gobernar con benignidad y a vencer con clemencia..... en otro entonces.

El propio D. Juan de Austria confirma que, contra todo pesar, hay que sentirse «Francisco con los buenos y Verdugo con los malos», que su cargo de Gobernador en Flandes es más nominal que efectivo y que nada cambiarán las circunstancias mientras no disponga de tropas españolas, a lo menos, ya que no de dineros, con que contrarrestar las intrigas del Príncipe de Orange, quien, dueño absoluto del Consejo y de los Estados, se ha erigido en Señor de Flandes y hace cundir la especie de que D. Juan de Austria incumple las bases del

«Edicto» al ocultar los Tercios españoles en la Borgoña y en el Luxemburgo.

Así recibe el caudillo confidencias de extremados planes orangistas. Trátase de aprisionarlo; hasta su vida puede encontrarse en inminente riesgo. Es de urgencia que D. Juan de Austria abandone Bruselas, centro de los juramentados, y marche en pos de cuartel más seguro. Por lo pronto a acogerse al castillo de Bouges, cercano a Namur; que Namur es condado cuyos moradores son grandes soldados y hay muchos nobles «aficionados a su Príncipe» de España; y en el castillo designado por el Coronel Francisco Verdugo, «es donde el señor don Juan de Austria se libró del rigor de los rebeldes cuando le quisieron prender y matar». (24-Julio-1577.)

Conde Consorte.

No existen distancias para el Gobernador de Thionville. Las leguas que median entre esta plaza y las restantes del Ducado de Luxemburgo las vence en cortas horas. A veces, sin que se advierta la ausencia del Coronel Francisco Verdugo. Es un équite prócer. Y están en un error quienes anotan algunas escapadas hasta Namur; no rebasa los límites de su sector, aunque «par Royal souhait le colonel il n'ai pas perdu le fil avec Namour et ses attaches».

Arlón, la antigua sede de los trevirios de César es el lugar geométrico de mensajeros pro Regente de Flandes y los viajes de Francisco Verdugo obliganlos la adhesión y el afecto que el coronel profesa a Su Rey y a su egregio hermano D. Juan de Austria. Si hechos mil no lo hubieren confirmado lo refrendan gratamente escritos y encargos que cruza con otros soldados toledanos estantes en Italia. Díganlo sino del Maestre de campo Gabriel Niño al sargento Alonso de Vargas y en especial el capitán Pedro de Castro.

Pero en el «diario de operaciones» del Gobernador de Thionville pueden anotarse buen número de trayectos salvados a campo traviesa por el valle del Moselle, hasta Schengen, o siguiendo la accidentada zona que separa a Thionville de Luxemburgo. Estas, casi diarias, caminatas a uña de caballo adquieren particular cariz. ¿Añoranzas de la primavera de la vida? ¿Evocadores murmullos de aguas del Pétrusse o del Alzette que reflejaran destellos de contrarios aceros en defensa de aquesta o esotra dama? Aquello pertenece a extinguido pretérito. Si nostalgia siente el Coronel Verdugo, obedece a que, como buen soldado español su descanso es pelear.

Y no dejan lenguas a una jovencita; siempre en elogioso hablar. Unos, dicen que la hija de la Condesa de Nieux. No es mal partido; que por el matrimonio recibirá el coronel, a más de la noble damita, el Señorío de Schengen y otras

villas y terrenos fértiles de la ribera del Moselle. Otros sostienen que se trata de una hija de la Condesa viuda de Lalaing. ¡Tanto monta! Al final, vástaga del Conde de Mansfeld. En esto como en otra apreciación todos coinciden: «es bella la ella». Quien lo hereda no lo hurta, y crédito de mujeres hermosas gozaron igual Petronila de Nieux que María de Montmorency. Se despejará la incógnita sin alarmas por diferencias de fechas en el nacer de los amantes. El amor no tiene edad. Cuando aparece Cupido en escena inútil es mirar al índice de Crono. El propio Rey Felipe II y el no menos prolífico Conde de Mansfeld, y luego sus proles respectivas, son ejemplos palpables.

Ahora bien; no porque el Coronel Francisco Verdugo se encuentre tan asaeteado por el traviesillo retoño de Afrodita cede en las lides que Marte le ofrenda. Antes que el rendido galanteador está, indefectiblemente, el caballeroso soldado, el fiel guardador de su bandera, el leal súbdito de su Soberano.

El Coronel, sin transponer el perímetro a que le redujo el «Edicto perpetuo» y compendiando ambientes de las «Provincias Unidas», determina la resultante de que los días imponen nuevos cauces. No es tan completa la «Unión» entre los belgas católicos y los protestantes holandeses y zelandeses; que entre éstos y aquéllos se fluctúa entre D. Juan de Austria y Guillermo de Nassau, al par que se habla del Duque de Anjou y se forja fantástico trono a favor del Archiduque Matías. ¡Matías, qué coincidencia!, exclama el Regente de Flandes, al serle conocido el caso. E inútil es que el Emperador Rodolfo ordene a su imberbe e inexperto hermanito Matías que regrese a Viena, de donde se ha fugado, y se deje de quimeras. ¿En qué plan va a colocarse ante su tío carnal y cuñado Felipe II? Pero el irrefutable discurso del Gobernador de Thionville, respecto a la acción de tropas españolas en Flandes, pesa de tal modo que llégase a la aceptación de..... desandar lo andado: a que D. Juan de Austria interese que vuelvan los Tercios a Flandes. ¡Ah! ya no son «bandidos ni mal aconsejados soldados», ahora son los «Magníficos Señores de la Infantería española», cuya noble sangre se necesitaba «para lavar un cúmulo de bota-

ratadas y torpezas»; y Felipe II accede a las imperiosas recomendaciones de su hermano.....

Volverán, pues, los Tercios a Flandes. El momento no ha de hacerse esperar; mas conviene que discretamente adopte también D. Juan de Austria otra resolución: salir inmediatamente de Namur, contra cuya plaza se anuncia que vendrá un fuerte ejército de los rebeldes. Y pues en el Luxemburgo esperan el Conde de Mansfeld y el Coronel Francisco Verdugo, pues..... a Luxemburgo en seguida; y en Luxemburgo aguarda el Gobernador-Regente de Flandes el arribo de los Tercios españoles (29-Agosto-1577).

Todo ha de salir a pedir de boca. Si no con tanta ansiada presteza, sí con una amplia colaboración de toledanos que, a su bautismo de sangre eslabonaron cuchilladas y profundas heridas en cien combates, e inauguraran para ellos otro cielo exaltador de la fama a que son acreedores.

Precisamente es a otro hijo de Toledo, al Capitán Pedro de Castro, a quien el Príncipe de Parma destina a las órdenes del Embajador en Venecia, Guzmán de Silva, durante su estancia en Placencia; y «a persuasión del Capitán Pedro de Castro», concedor de la valía militar de su Señor, huélgase el diplomático veneciano conseguir de Felipe II la designación de Alejandro Farnesio para alternar en el mando de las tropas españolas que acudirán a Flandes.

¡Cuán acertado acuerdo y qué otra coincidencia viene a engendrar! También el hijo de Margarita de Parma, como su tío D. Juan de Austria entra de incógnito en Luxemburgo, después de caminar desde Parma, bajo las sombras de crudas noches de invierno, por Alejandría de Palla y Turín, seguido no más que del toledano Pedro de Castro, su barbero y el maestro de postas de Placencia. «Y, por no ser conocido, por todo el camino fué haciendo demostración de criado del Capitán Pedro de Castro, dándole en la mesa el mejor lugar y en las postas el primero y más lucido caballo» (domingo, 5 a viernes 17-Diciembre-1577).

Aún no han llegada los Tercios a Luxemburgo. Empero sí van llegando gratas nuevas para el Gobernador de Thionville, Coronel Francisco Verdugo: primero, un Real privile-

gio haciéndole merced de quinientos ducados de pensión, a cuyo documento sigue una carta por la que Felipe II dice y ordena al Marqués de Mondéjar, su Virrey en Nápoles:

«EL REY=Ilustre Marqués, primo, nuestro Visorrey, Lugarteniente y Capitan general; Por el priuilegio que se os presentará por parte del Coronel Francisco Verdugo, uereis la merced que se le ha hecho de quinientos ducados de pensión en esse Reyno, attentos a sus seruicios. Y porque estos son de mucha consideración y está ocupado en Flandes, donde los continua con mucho cuidado, seremos seruido deys orden que se le consigne la dicha pensión en alguna parte ciertas de las rentas desse Reyno donde a los tiempos y plazos contenidos en su prouisión la goze sin dificultad, que por los dichos respectos procede assi de nuestra uoluntad la presente reste al presentante.=Data en El Pardo a VIII de Dizienure 1577=Yo El Rey=Vargas, secretarius=V. Cutinarius Regens=Soluat Carolinum unum=Idiaquez pro taxatore=In partium Neapolis: 22 fol. 225=La señal de Liebana».—Firmas autógrafas.

Después recibe Francisco Verdugo un nuevo y especial Real Despacho de Coronel de Regimiento de Infantería de Luxemburgo, cuyo cuerpo estará formado por cinco banderas de peones naturales de aquel país, y designando «ocho alabarderos para la guardia de su persona». (19-Febrero-1578.)

Luego....., previa Real licencia del «Rey nuestro Señor don Phelipe el segundo y de su alteça el serenissimo señor don Juan de Austria», van iniciándose las capitulaciones por las que el toledano Coronel Francisco Verdugo, Gobernador de Thionville, «sin dejar de ser bueno y leal español, pasa a ser belga por adopción».

D. Juan de Austria, al comunicar al Rey el casamiento, decía: «Como Vuestra Majestad premia a los malos para que le sirvan bien, ha de premiar a los buenos para que le sirvan mejor»; y el Monarca contesta a su hermano: «Visto lo que me habeis escrito algunas veces de la persona del Coronel Francisco Verdugo, y de lo bien que siempre nos ha servido y sirve, teniendo en consideración a esto y a que se ha casado con la hija del Conde de Mansfeld, le he hecho merced de

quinientos ducados de renta en el Reino de Nápoles, por su vida o hasta que se haga otra merced. Vos se lo direis al Conde y asimismo al dicho Coronel, y que en todo lo que se le ofreciere tengo y he de tener con su persona y servicios la cuenta y memoria que es razón, y tanto más per el deudo que ha tomado con el dicho Conde, a quien y a sus cosas tengo yo muy buena voluntad». (13-Mayo-1578.)

Aún queda por citar otro escrito que meses más tarde recibe Francisco Verdugo y que refrenda, una vez más, el especial aprecio con que distingue el Rey al leal Coronel. Pero dejémoslo esto para ulterior capítulo.

U el regimiento de Luxemburgo.

PARECE no haber merecido grata acogida la carta-circular que mediado agosto y desde el castillo de Namur enviara D. Juan de Austria «A los magníficos, amados y amigos míos los Capitanes y soldados de la Infantería Española que salió de los Estados de Flandes», rogándoles la vuelta al país del que no debieron salir nunca. En quienes desconocen las características dilaciones que concede el Rey a los asuntos, comienza a desvanecerse la halagadora esperanza de ansiada presteza con que sería atendido el imperioso ruego del Regente de Flandes; pero al Gobernador de Thionville nada le sorprende. Ni de España ni de Italia se mueve un soldado mientras no se reciba Orden del Rey y ésta no llega hasta dos meses después.

Del 15 de octubre en adelante dan fe de vida preparativos y marchas de tropas hacia Luxemburgo, donde aguardan con el Gobernador Regente de Flandes y Alejandro Farnesio, el Conde de Mansfeld y Francisco Verdugo.

Al Duque de Luxemburgo, que acude con tres mil caballos, sigue Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca e hijo del Virrey de Sicilia, con un cuerpo italiano. Sucesivamente se presenta Alonso Martínez de Leyva, vástago del Virrey de Navarra y General de la caballería de Milán, llevando una muy lucida compañía de españoles que a su costa levantó en Nápoles, cuyos soldados, los más Caballeros y entretenidos, Capitanes, Alféreces y aventajados, constituyen cinco escuadras que por cabos tienen otros tantos capitanes reformados que lo han sido de la Infantería española, por Alférez al ilustre Diego Hurtado de Mendoza y por Sargento al famoso Sancho Martínez de Leyva. Después, procedente de España, llega el Maestre de campo Lope de Figueroa con su Tercio de Infantería española de la Liga, en el que forman dos mil seiscientos escogidos soldados (13-Abril-1578).

Ya, en fin, reúnen en Luxemburgo los ayer abominables y hoy aclamados Tercios españoles, a los que se suman tropas del Conde de Mansfeld y el Coronel Francisco Verdugo con su flamante Regimiento de Infantería de Luxemburgo; y al frente de tan espléndida coronelía, en la que no faltan el esclarecido Bernardino de Mendoza, Carlos de Mansfeld, el Conde de Roeulx, el de Berlaymont, General de la artillería y otros nobles flamencos adictos a España, y al mando de tan veteranos capitanes y soldados, marcha un gallardo «mozo de grandes alientos y elevada inteligencia que en breve debía eclipsarlos a todos», hijo de Octavio de Parma y de la Princesa Gobernadora, de muy cariñoso recuerdo en Flandes: Alejandro Farnesio.

Con tan apuestas huestes «15.000 infantes y 2.000 caballos», augúranse felices resultados que prontamente los refrendan el asedio y la toma de Gembloux, donde «plus de mille hommes resterent sur le terrain; les espagnoles n'en perdirent pas dix», y a cuya victoria asevérase que tanto contribuyó con su «práctica de mando y de negocios el Maestre de campo general Francisco Verdugo». (24-Febrero-1578). Y luego sobre Sichem, donde se distinguen entre otros soldados toledanos el Sargento Alonso de Vargas, y el Maestre de Campo Gabriel Niño, que tampoco se mostró «Francisco» con los rebeldes vencidos.

Tan completos triunfos rememoran pretéritas glorias para los Tercios; reproducen los vítores y cánticos del vencedor y del pueblo que soportó la opresión del enemigo, y sobre éste influye tan directamente que la moral de los soldados de Nassau queda abatida, se engendra entre ellos el terror y la huida y se consigue el que pasen por completo a la devoción de España las provincias de Brabante, Hainaut y Namur con Luxemburgo, donde hállase alerta Francisco Verdugo. Y ríndese la plaza de Limburgo y la de Philippeville, en la que entra con la compañía «Luis de Herrera, natural de Toledo, soldado valiente y de opinión y alcanza nuevos lauros en Lamburque el Maestre de campo Gabriel Niño, también nacido en Toledo, como en Tirlemont distingue en el ataque y degüello del contrario otro hijo de

Toledo, el arcabucero a caballo Luis de Avalos (21 Mayo-1-Agosto-1578).

Pero la peste se ha enseñoreado del país. Los mismos campos de Lovaina aparecen cubiertos de cadáveres. Las tropas españolas sufren los estragos de la epidemia de la que es atacado D. Juan de Austria y el animoso Gobernador de Flandes, traído a «una miserable choza» de Bouges, ve aproximarse el fin de sus días, ya que no es posible cual el heroico general lo anhelara, en el fragor de la pelea, como ha de recibir a la muerte el caballeroso cristiano: henchido de elevados pensamientos, ejemplarizando a los suyos, honrando con su verbo a los soldados, otorgando el perdón a los enemigos.

Al lado del egregio enfermo acude Alejandro Farnesio alarmado por el desastroso avanzar de la afección que trunca la vida de su general, de su tío, de su maestro; de aquella existencia suma de abnegadoras actuaciones «en la más alta ocasión que vieron los siglos». La triste realidad flota en la estancia, seguida del tétrico preludio de dolorosos infortunios y de reprimidos sollozos que acompañan el piadoso musitar de la oración y llega el fatal instante: D. Juan de Austria cede a la tierra su cuerpo y eleva su alma a Dios (2-October-1578).

Preciso es que Alejandro Farnesio autorice a soldados y naturales de las comarcas aproximarse hasta el pobrísimo lecho donde duerme el sueño de la eternidad el egregio hermano del Rey Felipe II. Sólo así ríndense a la triste evidencia; y todos, coroneles, capitanes, soldados y naturales del país se consideran acreedores al honor de conducir sobre sus hombros la para ellos preciada vitrina que encierra el humano despojo de asombrosas grandezas. Los españoles por tratarse de un hermano de su Rey; los alemanes por haber nacido D. Juan de Austria en Ratisbona; los flamencos por ser en Flandes donde acabó su vida el general. Y el féretro es sacado por los españoles desde la modesta estancia hasta llegar a la altura de los Tercios; desde allí es transportado por distintos Maestros de campo, alternando los de unas y otras «naciones». Las tropas se extienden a partir de

los reales de Bouges, cubriendo el camino que ha de seguir el desfile, y suenan destemplados los tambores y roncós los clarines, y llévanse arrolladas las banderas y cubiertas por negros crespones, y los arcabuces vueltos al revés y las picias arrastrándolas por el suelo, y dan guardia de honor al cadáver Pedro de Toledo, Octavio de Gonzaga y los Condes de Mansfeld y de Roelx; y todo el imponente cortejo, dominado por sordo y funesto silencio jamás visto y presidido por el eximio Alejandro Farnesio, marcha con pausado andar hasta la Iglesia Catedral de Namur, donde queda depositado el cuerpo de D. Juan de Austria (4-October-1578).

Dicen las crónicas que el 25 de febrero de 1500, San Matías, por ser bisiesto, nació en Gantes Carlos I y que a pesar de vivir aún el Príncipe Miguel de Portugal, presunto heredero de las Coronas de Castilla, Aragón y Portugal, la preexcelsa Reina Isabel dijo proféticamente a su marido Fernando: «Tened por cierto que éste ha de ser nuestro heredero y que la suerte ha caído en el Reino como San Matías para el Apostolado.»

En el día de San Matías, 24 de febrero de 1525 ganó la batalla de Pavía Carlos I; en este mismo día del año 1530 fué coronado Emperador en Bohemia y en el día de San Matías (24-Febrero-1547), nació en Ratisbona su hijo D. Juan de Austria, al que San Pío V aplicó las palabras del Evangelio: «Dios envió a un hombre cuyo nombre era Juan».

¡Infortunado D. Juan de Austria!

De verdadero incógnito, disfrazado, cual plebeyo criado, hizo su entrada en Flandes; y «como si la fortuna estuviese todavía ensañada después de la muerte con el poético y caballeroso príncipe», para traer su cadáver a España se apela al repugnante medio de.... descuartizarlo.... ahumarlo y que lo transporte oculto en maletas en el arzón de la silla.... precisamente un hijo de Toledo: el Maestre de campo y su Caballerizo mayor Gabriel Niño. ¡Y qué coincidencia: era día de San Matías (24-Febrero-1579).

Luego, cumpliendo la voluntad del Rey Felipe II, son entregados los restos de su «muy querido hermano con la solemnidad y ceremonia de persona Real», en el Monasterio

del Escorial (30-Mayo-1579) en donde reposa también otro profanado y mutilado cuerpo por demagógica expansión, el del común padre de Felipe II y de D. Juan de Austria: el Rey-Emperador Carlos I de España y V de Alemania.

La ciudad de Namur, atesora las entrañas de D. Juan de Austria, en un pequeño monumento erigido tras el altar mayor de su hermosa y renacentista Catedral.

Deséchese la especie de que D. Juan de Austria aspirara a ceñir una corona o que al menos acariciara la idea de llegar a ser Señor de Flandes. Mejor es aceptar otros juicios que perduran sin ser rebatidos y que se condensan en estas frases: «..... de haber cedido el Rey Felipe II de su rigor por el dogma católico y asistido a su hermano, otro final hubiera sido el del Regente y el de aquellos Estados, y le hubiera estado quizás mejor el no haberse acordado tanto de su padre», y no haber obedecido tan excesivamente a su hermano.

Si el Rey despojó a D. Juan de Austria de los famosos Tercios, en muy apuradísima ocasión, Dios le concedió el excelso lenitivo de que en vida gozara el regreso de aquellos veteranos soldados españoles.

¡Señor de Flandes! Interrogad al Maestre de campo general Francisco Verdugo, tan fiel a Su Rey y tan amante de Flandes, que él os dirá cómo en D. Juan de Austria vibró el mismo espíritu que el de su padre el Emperador, por su valor y grandeza en las concepciones, y latió el mismo corazón por sus devociones al país cuna de aquel padre para él tan querido.

D. Juan de Austria, admirado de los españoles por el esplendor de sus glorias, fué un «austria» muy español que muy cariñosa familiaridad entrañaba para brabantines y flamencos.

Tal era el pensar de Francisco Verdugo, de Alejandro Farnesio, de Flandes y de España.

¿Mariscal de campo?

HABÍASE agravado tan notoriamente en su enfermedad D. Juan de Austria estando en campaña a primero de Septiembre, que informado el Rey, éste, rompiendo de sus acostumbradas dilaciones se apresura a resolver para el «caso que Dios lo haya llevado» a su hermano D. Juan; y antes que a nadie es al Coronel Francisco Verdugo a quien confía su previsora determinación diciéndole:

«Coronel Verdugo: he entendido, por cartas de Octavio de Gonzaga, nuestro Capitán General de la Caballería ligera, quan al último de su vida queda el Ilustrísimo D. Juan de Austria, mi hermano. Hame dado esta nueva la pena y cuidado que es razón, así por lo que le quiero como por ser en tal coyuntura; y para que en caso que Dios le haya llevado, mientras se ordena otra cosa, he querido nombrar en su lugar al Ilustrísimo Príncipe de Parma, mi sobrino, de que os he querido dar conocimiento para que lo sepáis, como es razón, y rogaros y encargaros que, demás de obedecerle como a mi propia persona, le asistais con la voluntad y cuidado que a mi hermano, y con la que siempre habeis tenido a mi persona, de que estoy muy satisfecho y tengo muy en memoria lo que me habeis servido y servís para tener con vuestra persona la cuenta que es razón» (14-October-1578) (Firma autógrafa.)

Una vez más, en efecto, refrenda esta carta el Real aprecio que merece a Felipe II el Coronel toledano; y a partir del fallecimiento de D. Juan de Austria conjetúrase que la correspondencia habida entre el Monarca español y el Gobernador de Thionville, influenciada por parte de Verdugo por el reconocimiento y estimación de méritos del hijo de Margarita de Parma y por el respetuoso afecto y efusiva gratitud que el Coronel guarda para su primera Gobernadora y protectora, viene a defender esta elogiabilísima resul-

tante: «Alejandro Farnesio, por su talento, actividad, resolución y prudencia, y por los gratos recuerdos que en Flandes se conservan de su madre la Princesa Margarita, es el más digno y merecedor a suceder a su tío D. Juan de Austria como Gobernador y Capitán General de los Países». Así han coincidido en apreciarlo el Soberano y su súbdito y fidelísimo Coronel Francisco Verdugo»; como coinciden las noticias que a éste llegan con relación a que un correo es portador del acertado «nombramiento que el Rey don Phelipe el segundo ha firmado en favor de su sobrino Alejandro Farnesio» (10-Diciembre-1578).

Tampoco se muestra ingrato el nuevo Regente de Flandes para quienes le sirven bien. Lo patentizan las deferencias y respetos con que distingue Alejandro Farnesio al benemérito Coronel Cristóbal Mondragón, primer jefe de regimiento que tuvo Francisco Verdugo y al que tanto éste quiere; lo refrenda el que Alejandro Farnesio no olvida que el Coronel Francisco Verdugo es tan respetuoso y acertado asesor cual experto y habilísimo soldado. Al fin, uno y otro son alma de las bélicas primicias en Flandes del hijo de la bondadosa Margarita de Parma.

Con el nuevo año nacen nuevas fortunas y el castillo de Petrojor, llave de Maestricht, ha capitulado por los buenos oficios del capitán ayudante de órdenes de Alejandro Farnesio, Pedro de Castro y por los de otro toledano, el jesuita, capellán del ejército español, Miguel Hernández, nacido en Mora de Toledo. Ahora toda la lucida coronelia de Farnesio «apellidando al glorioso Santiago, patrón de España», va sobre la ambicionada plaza de Maestricht, para que, tras cuatro meses de obstinado sitio, durante el cual sucédense atrevidas maniobras, heroicas defensas, poliercéticas sagacidades, cruentos ataques y encarnizados asaltos, se llegue al definitivo al amparo de las sombras de la noche, y los fosos y las calles de Maestricht quedan cerrados por informes montones de cadáveres y de ruinas. (20-Junio-1579).

A él, al Coronel Verdugo, confía Alejandro Farnesio arriesgadas empresas en los preludios y en el transcurso del sitio de Maestricht. En el postrer asalto señalase el sol-

dato toledano Alonso de Solís, natural de Ocaña, y muere como los bravos el ilustre Alférez Gracia Hurtado de Mendoza. Y si en esta cruenta jornada prodigóse la sangre de los leales a la Corona de España, cuantas circunstancias se eslabonaron durante el asedio, fueron sabiamente previstas por Francisco Verdugo, y la victoria alcanzóse conforme a las prácticas de tan «habile strategüe et excellent marechal de champes espagnol» (29-Junio-1579).

La guerra, fomentada por persistentes odios y traiciones entre los mismos mantenedores de un mismo dogma, es «guerra sin misericordia; hasta las mujeres y los niños pelean», y si al final del sangriento triunfo alcanzado sobre Maestricht dispone solamente Alejandro Farnesio de un reducido número de soldados, sobre quienes no ha hecho mella la desoladora peste ni los horrores de la jornada ni los rigores del invierno, y con cuyas mermadas tropas, tan hambrientas como audaces y tan desnudas como valerosas, no es dable el acometer con probabilidades de éxito la realización de los bien trazados planes del egregio General, los anónimos «Juan Soldado y No Importa» aclaman que triunfos y victorias están reservados a jalonar la senda de Farnesio a través de los campos de Flandes.

Empero otro soldado recuerda que el nombramiento de Alejandro Farnesio dice que el Rey lo otorga «con las mismas preeminencias y libertades que lo tenía el señor don Joan de Austria, de felice memoria», y no hay que perder ésta con relación a las libertades de que disfrutara el infortunado anterior Regente. Si el cargo trae anexo ese «inciso», no es de extrañar el que, como en otro entonces, la política inquieta, recelosa y vacilante de Felipe II engendre densos nubarrones que impidan a la estrella de Alejandro Farnesio el franco y merecido irradiar de sus fulgores por todas las vastas regiones de los países....

Y ya aparece lo que se temía.

Llega, por fin, de España algún dinero. Con los cuatrocientos mil ducados recibidos y con los que, de su propio peculio, completa Farnesio, se abona parte de las pagas a las tropas, que ante los cabos manifiestan su reconocimiento

hacia el caudillo que tanto se preocupa por el honor de España y el bienestar y la interior satisfacción del soldado. Pero de súbito aparece soliviantado el ejército. ¿Qué ocurre? Lo que..... era de esperar; porque no es tan fácil que ceda el Rey de sus..... determinaciones, de sus vacilaciones e inquietudes políticas.

En Arrás, en la patria del célebre Robespierre, en la plaza de los famosos tratados de Juan Sin Miedo y de Felipe el Bueno, se ha elaborado un otro convenio que ha de aceptar Alejandro Farnesio en nombre de Felipe II; y cuando ya se ha rendido Malinas, y Artois, Hainaut, Lilla y otras importantes plazas se han reconciliado, ordena el Rey que se ponga en vigor lo pactado en Arrás, y forzoso es que, por segunda vez..... salgan de Flandes los veteranos Tercios.....

Por tan ingrata disposición ha convocado Farnesio a Coroneles y Maestros de campo y les encarece que estén apercibidos para emprender la marcha camino de Italia, que «el veinte de marzo» han de reunirse los Tercios en Arlón.....

¿Y el Regimiento de Luxemburgo.... que manda Francisco Verdugo....?

La Real orden dice: que salgan de Flandes los tres Tercios españoles y la caballería de la misma nación, y que los extranjeros cedan sus cargos en los naturales.....

Vuesa merced ha de ceder su regimiento al Maestre de campo Carlos de Mansfeld; y vuesa merced, como Mariscal del ejército, llevará las tropas españolas hasta Arlón, que en esa tierra aguarda Octavio de Gonzaga para conducir las a los campos de Italia.....

No ya por conocida anteriormente a este solemne momento la nefasta cláusula, deja de producir menos dolorosa impresión el separarse aquellas avezadas y subordinadas tropas de su querido y excelente caudillo.

Llega, pues, el instante de la despedida, y tales frases de sentimiento y de elogio pronuncia Alejandro Farnesio, que los soldados se postran a sus pies y le besan las manos; los alféreces abaten las banderas y abatidas quedan mientras Farnesio está ante las tropas expedicionarias, «y algunos

Capitanes, como pudieron, se esforzaron a hablar y le dijeron que todos en general habían visto y considerado de la manera que el Rey nuestro señor le dejaba, y cuán desabrigado de fuerças y de lo que había menester sin tener a quien volver los ojos; y que demás del mucho agradecimiento que mostraban, por las grandes honras y mercedes que siempre les había hecho, y las que al presente les prometía, que protestaban y ofrecían, como soldados españoles, de ser pregoneros de su mucho valor y prudencia, de lo bien que les había gobernado y honrado, y que todas las veces que tuviese necesidad dellos y les enuiase a llamar, volverían con grandísimas veras y voluntad a defenderle y servirle hasta acabar las vidas en su servicio, sin atender a sus particulares ni pretensiones, pues por lo mucho que le debían, les parecía todo muy poco».

Farnesio, emocionado como todos, abraza a Francisco Verdugo; y ya aquellas tropas, sin perder la subordinación y el respeto al caudillo que aclaman entre vítores y congojas, no pueden mantenerse en la rigidez de la ordenanza.

Es que ya la entereza va cediendo su puesto de honor al decaimiento. Es que ya aquellos pechos, donde nunca halló albergue el terror, esclavos de hondos sentires, abandónanse a interna lucha que anuda gargantas, que ahoga sollozos, que desbórdase en llanto, con candentes lágrimas de pena y de ira.

Allá van, camino de Italia, los Tercios, llevando todos pendiente del cuello, «como la joya más preciada, una medalla que mandaron acuñar con el retrato de su general». Y marchan en imponente silencio, enternecidos y corajudos, sin marcialidad en el andar, sin que hiendan los aires alegres canciones, sin que el tambor resuene ni vibren los clarines. Y cuando ya se extinguen las nubes del polvo que marcan la ruta de los Tercios, emprende Alejandro Farnesio el regreso a Namur, acompañado de su corte, enternecido, como los Tercios marchan, y, como ellos, sin que frases ni toques marciales profanen el silencio en que el dolor se goza.

Capitán General.

CUÁN desabrigado de fuerzas y de lo que había menester y sin tener a quien volver los ojos queda Alejandro Farnesio, cumplida la impolítica orden de salir de Flandes los Tercios españoles y la caballería de la misma nación y ceder el mando de sus tropas los españoles en los naturales del país! ¡Cuánta verdad encierran aquellas palabras de los capitanes españoles al emprender el camino de Italia!

Excepto el país de Cambray, extiéndese el gobierno y la responsabilidad de Farnesio por todas las comarcas del Sur y del Este, y ha de guarnecer las plazas y guardar las fronteras con el ejército que las provincias walonas se obligaron a facilitarle y que al correr de los días no dió la recluta mayor dotación que la de dos mermados tercios. ¡Y de qué «ejército»! Valiente, sí, porque aquellos walones, tardos y pesados, flojos e irresolutos en un principio y mal socorridos siempre, los había convertido Francisco Verdugo en verdaderos luchadores, en hombres de guerra. Pero es que todos no son de la madera labrada por el Coronel toledano. La inmensa mayoría no pasan de ser bisoños soldados que no encarnan la actividad, la diligencia, la decisión y la sobriedad en que otros fueron educados por Francisco Verdugo, y que tanto reclama, hoy más que ayer, el continuado pelear contra tantas plazas y provincias que no aceptaron el «pacífico convenio» de Arrás.

Ahora más que nunca, sí; que el Duque de Anjou ha penetrado en Flandes «llamado por los rebeldes y siembra con sus gentes la desolación en las campiñas de los lugares por donde atraviesa y va profanando los templos dellos con el mayor desacato y rigor que los herejes rebeldes de los Estados»; y el Rey de Dinamarca insiste en sus pretensiones

de recuperar su feudo por Güeldres-Frisia; e Isabel de Inglaterra.... ¿a qué continuar?

¡Qué de preocupaciones y de evocaciones inundan el espíritu del Mariscal Verdugo en su Gobierno de Thionville San Quintín, Bruselas, Haarden, Amsterdam, Gembloux, Leydem, Maestricht.... Treinta años de vida azarosa, de trinche-ra, de asalto, de inconcebible e ininterrumpido guerrear....

No se aviene nuestro compatriota, a pesar del atractivo y venturoso hogar que disfruta, al vivir que la Unión de Utrech le tiene exilado en la ciudad que María, Reina de Hungría y primera Gobernadora de Flandes, fundó en honor a su sobrino Felipe II por el tiempo en que éste era Príncipe de Asturias (1555).

Desde allí, desde su Gobierno de Thionville suplica insistentemente que se le releve del cargo; que se le autorice para unir su suerte a la de los demás españoles, pues, por serlo, no cree que debe quedar en los Estados de Flandes conforme a lo de Arrás. Mas Farnesio no accede, ni apoya cerca del Rey a lo que Verdugo solicita. Más aún; la nobleza y el Consejo del Ducado de Luxemburgo se oponen, y a Francisco Verdugo, todos, del Rey a los luxemburgueses, le ruegan que continúe en su Gobierno, «porque los del Ducado de Luxemburgo no se tenían por obligados a cumplir lo que las demás provincias reconciliadas, pues fueron siempre leales y jamás habían perdido el respeto a Dios ni al Rey, nuestro Señor, y por lo pasado se habían conservado a la religión cristiana, y por sí solos, apartados ordinariamente de las demás provincias». Y añaden los cronistas: «Francisco Verdugo obedeció lo que se le había ordenado, quedando tan amado de todos en Luxemburgo, por su mucho valor, buenas prendas y grandes servicios» (13-Mayo-1580).

¡En qué momento pretende Francisco Verdugo salir de Flandes! Bien ajeno a la papeleta que se le ha presentado a Alejandro Farnesio con relación al Gobierno de Frisia, por ser de urgencia el reemplazar a Jorge de Lalaing, Conde de Renneberg, a toda costa. No hay que demorar la sustitución. ¿Pero con quién? ¿A quién puede volver los ojos Alejandro Farnesio? Eso no se pregunta; al hombre de siempre; al

toledano leal y fidelísimo que, aunque belga por adopción, es el caballeroso soldado español, en todo y ante todo: Francisco Verdugo. Y a Francisco Verdugo se le ordena que a toda marcha emprenda el camino con su escolta en dirección a Valenciennes, en donde es imprescindible se persone ante el Consejo de Estado.

La subordinación y el respeto a las Reales órdenes ponen en grave aprieto a Verdugo. Es el Regente de los Estados de Flandes quien le encarece su presentación. Es lo pactado en Arrás lo que le impide el volver a entrar en los Estados de Flandes, por ser español, sin licencia del Rey. Está muy grabado en el corazón del Gobernador de Thionville un sacrosanto nombre: España, y como no es de esperar que el servicio sea en deservicio de su patria amada, dispónese «a obedecer a Alejandro Farnesio y así parte luego para la villa de Valenciennes donde le halló y tenía su corte y le rescebió muy bien, declarándole la causa de su uenida».

La sorpresa del Gobernador de Thionville no tiene límites, al encontrarse elevado al cargo de «Capitan General de Frisia, en nombre del Rey nuestro Señor don Phelipe el segundo».

Inútil aducir que los de Luxemburgo no permiten que Verdugo abandone aquel Ducado; que también los de Frisia reclaman para aquél su gobierno precisamenté a Francisco Verdugo, «por ser este varón soldado veterano, pronto de consejo y no menos de manos, cual requería una provincia distante mucho y perpetuamente acometida de las fuerças enemigas».

«La elección de Francisco Verdugo no podía ser más acertada y los hechos notabilísimos de Verdugo en Frisia vinieron, como veremos, a justificarla», dice un ilustre general de nuestros días.

Coincidía por aquel entonces también que «el tráfuga Martín Schenk» pretendiese el cargo de Gobernador de Frisia, y con la circunstancia de que el propio Francisco Verdugo era de opinión que convenía atender al rebelde para evitar mayores males, una vez que «Schenk reunía extrañas condiciones militares, nada comunes en la genera-

lidad de aquellos próceres turbulentos e insaciables, lo mismo en el campo de Orange que en el de Farnesio».

La negativa de éste fué la causa de que Schenk se exaspere y vuelto al ejército orangista culmine en «satisfacer rencores y venganzas, singularmente contra Farnesio y Verdugo»; y menos mal que en el encuentro habido en Nimega se encargaron los burgueses de descuartizar a tan encarnizado enemigo.

Un capitán, hechura de Alejandro Farnesio, no se recata de elogiar la designación, al decir, entre otros párrafos relacionados con las poderosas razones que concurrieron para nombrar a Francisco Verdugo Gobernador y Capitán General de Frisia: «En tanto que Alexandro daua subcesor en Frisia al Conde de Rinember, paresciéndole conuenia al seruiçio de S. M. que fuese persona de gran satisfacció, y haber pocos que poder elexir para aquel efecto, así por tener el Príncipe de Orange tanta mano en Frisia y ser los moradores della inconstantes y poco católicos, como por tener el Rey, nuestro Señor, pocas fuerças en aquella prouincia, se acordó del Coronel Francisco Verdugo, y de que ninguno como él haría mejor la guerra y enfrenaría el rigor de los herexes, desfaciendo las traças y el poder del Príncipe de Orange y de sus confederados; y hauiendo hecho esta honrada resolución le enuió a llamar al Ducado de Luxemburgo, donde todauía estaua en su gouierno de Thionville». Y un religioso, escritor y conocedor del vivir de Flandes, añade: «y lo prefirio Alexandre a los demás, y le constituyo General de las Armas, dexando el gouierno politico de la prouincia al Magistrado presidente y quatro consexeros Reales».

No ha de ponerse en duda el cúmulo de atenciones, de elogios y de estimaciones de que ha sido objeto preferente el nuevo Capitán General de Frisia, durante su estancia en la corte del Gobernador Regente de Flandes; que en Valenciennes, así en el palacio de Alejandro Farnesio como por parte de los magnates de la ciudad, todo son honores y agasajos para Francisco Verdugo. Ahora, por lo que a promesas que se le hacen al ínclito soldado..., el tiempo y la ocasión

decidirán; pongámoslas, pues, en cuarentena, que así lo obligarán circunstancias ulteriores....

Por lo pronto ha de eliminarse una aspiración: imposible volver a entregar a Verdugo su regimiento, por haberlo otorgado a Octavio de Mansfeld y ser conveniente «contemporizar con él y con su hermano Carlos y su padre» el Conde de Mansfeld.

¡Todo sea por Dios! Menos mal; ¡queda en la familia! Pero está escrito que la eterna misión del toledano General es no cejar en eso; en coger hombres más o menos despiertos, más o menos decididos, más o menos maduros; no importa, vale todo; a la postre, en cuanto Francisco Verdugo los toma de su cuenta y les atuenda con chambergo y jubón, y les confía un arcabuz y dos frascos de pólvora, soldado que te tienes pues, como decía Marcos de Isaba. Porque ya son soldados aquellos, labriegos y menestrales; los ha convertido Verdugo en verdaderos luchadores. A las primeras de cambio les organiza un fregado e infeliz de aquél que inicie retroceso o media vuelta; los mismos camaradas lo desnudan.

De nuevo, por tanto, a reclutar walones, hasta reunir dos mil arcabuceros Francisco Verdugo, con que constituir otro regimiento y personarse con él urgentemente en Groninga.

En Groninga; ahí al lado de Valenciennes. Desde esta plaza tiene que ir, por lo pronto, a Thionville; de allí a Luxemburgo, luego a Karpen en el Arzobispado de Colonia, donde recibirá a un Comisario y un Pagador con cuarenta mil escudos asignados para la gente de Frisia, y sin interrumpir las marchas arribar a su jurisdicción. Nada, algo así cual trasladarse préstamente por jornadas forzadas, y no en plan turístico, ya en un chirriador carromato, ya a lomos de un pseudo pegaso que en ruta de postas cede su carga a otro de su especie, ya en frágil barquichuelo siguiendo las aguas del Mosa y del Rhin. Algo así como recorrer de Sevilla a Toledo y Guadalajara y, embarcando en Zaragoza, seguir por el Ebro a remontarse en Santander.

Pero váyasele con obstáculos a Francisco Verdugo. En cortos días salva la distancia que le separa de la villa de Karpen, a donde aún no han acudido ni el flamante regi-

miento organizado para llevarle a Frisia, ni «los comisionados de cuenta y razón». Y en Karpen va desesperándose Verdugo otros cuantos días; mientras se le acosa por el Consejero Jorge Wentendorp con el encargo de que active Verdugo su incorporación a Frisia, por haber roto y desbaratado los rebeldes «a Juan Bautista de Tassis, teniente coronel de Gaspar de Robles, Barón de Velli, con todo el ejército católico que tenía a su cargo, por muerte del Conde de Renemburg».....

.....
Simultáneamente..... el Archiduque Matías ha salido de Flandes, rumbo «a Viena, corrido y silbado». El Duque de Anjou se dignó aceptar la hipotética corona que le ofrecen sus «incondicionales». Está puesta a precio la cabeza del Príncipe de Orange; va en ello un premio de 25.000 escudos.....

Entramos en nueva fase político-guerrera de Alejandro Farnesio, sin que se haya modificado el sistema de indecisiones en Felipe II. Cada vez se presenta menos diáfano el horizonte. Sigamos hacia Frisia en pos de su Capitán General Francisco Verdugo.

Colaborador de Harnesia.

FRISIA! La antigua región que, unida a las de Drenthe y Owerysse, compartiera desde 1524 sus destinos con los Países Bajos, abarcaba la vasta comarca pantanosa limitada por el mar del Norte, el Zuider Zee, el Señorío de Groninga y los Condados de Ostergo, o de los ricos comerciantes en grasas, de Westergo o de los pobres pescadores de anguilas y el de las siete florestas, a más de contar con una serie de islas que de Oeste a Septentrión siguen hasta Dinamarca. He aquí el feudo jurisdiccional del Capitán General Francisco Verdugo.

Singulares características de los naturales eran el «guardar pocas veces la palabra, aunque sea con los propios amigos y más confidentes», tener por sentimiento dominante el amor a la libertad y entrañar insaciables deseos de mandar sin mostrarse propicios a la obediencia. Y aun cuando no habían olvidado que lo mismo el Rey-Emperador Carlos I, último Príncipe de Frisia, que Felipe II les reconocieron por «naturales y lexítimos señores herederos del ducado de Brabante y condes de Holanda», los frisonos interpretaban que el monarca español era solamente un su protector y que abonándole doce mil florines al año estaban al cabo de la calle.

Si a tal modo de proceder y de producirse se agrega la incondicional adhesión que prestaban al Príncipe de Orange, puede explicarse la premura del Conde de Renneberg, Jorge de Lalaing, por cesar en el gobierno aquél, donde, entre la desmoralización de las desatendidas tropas y la especial condición en que se encontraba la ciudad de Groninga y el país de Frisia, llegóse a que el caballeroso prócer flamenco «enfermara de tal suerte que no menos le costó la vida», cuando su juventud, carácter y servicios tanto prometían en favor de España. (28-Febrero-1581).

A la vista de estos detalles informativos respecto a la villa de Groninga y a su comarca, puede afirmarse que a nuestro compatriota le ha correspondido en la tómbola flamenca una nada apetecible prebenda. Y así es en efecto. Los de Lalaing, Consejeros de Guerra y Estado, procuran por su deudo; el Coronel Gaspar Robles, también del Consejo y a quien los de Frisia le hicieron pasar muy malos ratos, se niega terminantemente a aparecer por aquel país; al Conde de Mansfeld, atendiendo a su avanzada edad, no es oportuno meterle en el frisón infierno, y.... como siempre, Alejandro Farnesio no tiene otra ancla salvadora que la forjada por una leal y férrea voluntad del más fidelísimo de los españoles que entraron en Flandes por los días de su madre Margarita y que a todos los Regentes ha servido sin poner pegas ni discutir de obstáculos relacionados con cargos, comisiones y afrontamiento de responsabilidades: Francisco Verdugo.

Es un caso en el que, sin ambajes ni rodeos, poniendo en juego todo género de ardidés políticos y guerreros y cuantos medios se dispongan, ha de procederse con actividad, perseverancia y mano dura para ahogar la rebeldía en Flandes.

Hay, por tanto, que dividirse, a fin de lograr el dividir al enemigo. Y Farnesio, que no confía más que en Francisco Verdugo, de manera discretísima, para no dar margen a emulaciones, sin dejarlo traslucir, adopta el propósito de que sea éste, Verdugo, quien con aquél comparta triunfos o reveses; que uno y otro, tanto así el Regente cual el General, y nadie más que ellos dos en verdad, saben infiltrar rápidamente la más sana moral en los bisoños y nada disciplinados walones.

Esto sentado, vamos al lado del General Verdugo, que no ceja de apremiar con avisos a sus oficiales para que traigan el nuevo regimiento a Karpen, y.... por fin llega el flamante regimiento y los comisionados «de cuanta y razón» ¡Razón también era ya! Bueno, conociendo la psicología militar del pundonoroso Francisco Verdugo, hacemos gracia del momento en que recibe a sus capitanes y administradores el

diligente toledano soldado, quien ya en asaz pretérito y adelantándose a las sabias Ordenanzas de Carlos III, advertía severamente a sus oficiales: «el que se me retrasa en la obligación, y mas en campaña.....»

Pasada «muestra» al regimiento ante el Comisario, pónese en camino Verdugo «a toda priesa, por la necesidad que había de su persona y de aquel socorro» que reclama Frisia. Pero no va el General muy satisfecho del núcleo de sus soldados, y no por el número o la calidad, sino por darse cabal idea de no ser conveniente presentarse en Frisia sólo con «infantería y de arcabuceros, según el orden que Alexandro la había dado».

Las circunstancias aconsejan llevar también caballería y la ocasión no puede venirse más a la mano. En lugar inmediato a Colonia ha levantado una corneta de reitres con cargo al Duque de Anjou el capitán Adam van Langhen, quien está disgustado por haberle hecho entrega de varios escudos de oro falsos. Minutos más tarde la compañía de reitres y su capitán pasan a ser huestes del Capitán General de Frisia, previo abono de cuatrocientos escudos y la oferta de que continuará a sueldo y al servicio de España el alemán y sus jinetes; y allá marcha embarcado Verdugo y su regimiento por el Rhin, siguiéndole por la ribera Langhen y sus reitres, bien provistos de picas, pistolas y hachas.

Bien pronto preséntase ocasión para entrar en escena el coraje de unos y otros. A la vista de la villa de Bredeword aparecen núcleos enemigos atacando al fuerte de Ghoer. Lo demás es obra de los arcabuceros y jinetes de Verdugo que, con él al frente rivalizan en denuedos y en dar buena cuenta de cuantos caen en sus manos.

Otro caminar por los pantanosos burgos de la villa de Coevorden, verdaderos nidos de rebeldes. Francisco Verdugo, «deseoso de cerrar con ellos por la mucha voluntad que había visto en los soldados de su regimiento de pelear», los alienta frente al fuerte de Nicusil: ¡Santiago y España! Y aquellos bisoños, que al hombro llevan un mal arcabuz y al estómago nada han proporcionado durante la jornada del día, hácense nuevamente dignos soldados de Verdugo.

Bueno; ya está bien. Ahora, sin más dilaciones, a Groninga; y en Groninga, efectivamente, sufre Verdugo la decepción de encontrarse con toda la infantería amotinada. Dificiles son, pues, los momentos. Ni aun contando con el ejército que existe en la plaza dispone de tropas adecuadas para lanzarse a la campaña, dado el contingente enemigo que asedia a la comarca frisona. Consigue, sí, Verdugo que la ensoberbecida infantería vuelva a la obediencia, «no hallando tanta dificultad en los soldados como en los capitanes y oficiales (alféreces, sargentos y cabos de escuadra) que todos querían ser pagados, y lo hubo de hacer de los cuarenta mil escudos recibidos en Karpen, dando a cada uno lo que le correspondía.

Entre tanto, también se estrecha el cerco que el general inglés Jean Norris tiene puesto a Groninga, al par que aumenta sus huestes en Frisia con gentes de Brabante y con seguridades de éxito. Y en tan comprometida ocasión, cuando más necesitado se encuentra Verdugo de soldados leales, y más se precisan dotes de diplomacia, de mando y de entereza, ofrécese el instante de observar que al final de una cálida arenga no todo el ejército permanece tan subordinado cual el momento reclama y, sin abandonarse a demoras ni contemplaciones, el enérgico toledano obliga a entrar en formación al regimiento de Güeldres, integrado por alemanes, hace abatir las banderas a los capitanes y licencia a la tropa, «por ser soldados mal voluntarios y desobedientes», y a dos compañías de hombres de armas, del Conde de Lalaing y del de Montigny y a otra de arcabuceros a caballo del señor de Wallón, que querían volver a Hainaut «con licencia o sin ella.»

Así y todo, Francisco Verdugo sólo puede confiar en sus walones arcabuceros y en los reitres, siempre dispuestos a entrar en acción, y con ellos va sobre el fuerte grande de Reyden, emplazado frente a la villa de Emden, del que se habían apoderado los rebeldes. E infantes y jinetes se lanzan desesperadamente contra los orangistas, hasta dar alcance a cuantos en facción se encontraban. Unos se salvan de las acometidas arrojándose al mar, donde son recogidos en

naves de los suyos. Los que no logran escapar, quedan sin vida en el campo. Los que consiguieron refugiarse en el fuerte son sitiados por los de Verdugo, y.... ¡al asalto!.... y a Groninga regresan sus bravos soldados, portadores de cuatro banderas ganadas a los de Nassau, después de haber degollado a la guarnición.

El caso de Reyden sirve de ejemplo a los contrarios, que al oír el ¡Santiago y España! saben lo que les espera, y sencillamente abandonan las posiciones, con lo que Verdugo va despejando la campaña dentro de su asequible actividad.

Ahora es necesario que el Capitán General de Frisia distraiga la atención del general Norris, que al servicio de los rebeldes mantiene el bloqueo en Groninga. Verdugo, pues, ha de realizar verdaderos prodigios y alardes de fuerzas de que no dispone, a fin de que crea el enemigo en incursiones por zonas de Drente y Owerijssel, mientras Farnesio inicia estrategias hacia Dunkerque que le facilitan hacerse con la llave de las más importantes arterias del corazón de Flandes.

Tournay, plaza de la que el gobernador enemigo, Pedro d' Epinoy, se verá obligado a salir en socorro de Dunkerque, es la primera de la serie sobre las que ha de ir el grueso del ejército de Alejandro Farnesio.

En ese plan, aún le está reservado a Francisco Verdugo otro..... despojo de fuerzas. ¡Ah de las promesas hechas en Valenciennes! Seguidamente al licenciamiento de las insubordinadas tropas de Groninga, forzoso es también que una parte de su regimiento salga destacado a la Marna, y que los reitres de Martín Schenk y Adam van Langhel se incorporen sin pérdida de tiempo en Tournay, reclamados por Farnesio para el sitio que tiene puesto a dicha plaza; y.... allá que Verdugo se las entienda como pueda con su contrario, el general inglés Norris, «y con la flotante población frisona, tan pronto orangista como nacionalista».....

Victorioso sobre el inglés.

A PENAS si cuenta el Capitán General de Frisia ya con el contingente de diez compañías, entre picas y arcabuces, y con tan exiguas fuerzas, verdadero conglomerado de razas, afronta la campaña Francisco Verdugo, rodeado, a más de los enemigos luchadores, de un pueblo del que en Holanda se decía: «no se debe confiar en palabra de frisón que no tenga pelos en las palmas de las manos».

Además, el mercurio «ejército» de Verdugo comienza por carecer de muy imprescindibles bastimentos y los burgo-maestres de la villa de Groninga niéganse a facilitárselos, ni aun mediante abono de su importe. Es llegado, por tanto, otro momento que si exige el usar de máxima prudencia, no permite olvidar energías y enterezas, y destaca Verdugo a dos de sus capitanes a recabar nuevamente «que por su dinero, suministren a los soldados lo que hubieren menester».

¡Inútil pretensión! Nada es posible conseguir; y Verdugo, huyendo de otras decisiones más en armonía con su carácter, tiene que ceder a que parte de su tropa marche diseminada por la comarca en busca de alimentos y de combustible, siempre que acuda a los cuerpos de guardia a la primera ocasión que se precisen sus brazos. Ni uno sólo de sus walo-nes llega a desertar. El correr de las horas hace cambiar por completo la opinión de Groninga respecto al Capitán General de Frisia. El dique de Niezijl y aquella villa pueden atestiguar cuál ha sido la génesis y el desarrollo del encuentro habido entre lo precario del «ejército del general español Verdugo y el potente del inglés Norris», y el resultado del sangriento combate librado en Northorno; qué cúmulo de espertísimas dotes militares ha entretejido Francisco Verdugo al unísono de insospechadas acometividades que sabe impulsar a sus tropas; qué desconcierto y qué derrota consiguió sembrar entre las huestes enemigas mandadas por Norris y qué desesperación y bochorno la de aquel «admi-

rado inglés libertador de Frisia», que cae malherido y confundido entre más de tres mil muertos de los suyos.

Si admirada quedó Groninga por la completa victoria alcanzada sobre las abastecidas tropas de Norris, por los desnudos y hambrientos soldados que al mando personal de Francisco Verdugo pelearon tan bizarramente, su admiración acrecienta al contemplar cómo ahora estos mismos soldados, con su general al frente y rodilla en tierra, elevan sus preces al cielo en acción de gracias por el triunfo conseguido y con tan escasas pérdidas por parte de los realistas. (30-Septiembre-1581).

Tan colosal jornada hace variar también la actitud de los naturales. Burgomaestres y diputados del país acuden a visitar al Capitán General de Frisia, a rendirle pleitesía, a felicitarle por la victoria hallada en Northorno. ¡Lástima que no sea verdad tanta belleza como pretenden poner en sus manifestaciones!

Y aportan un gran presente de regalos y comidas para las heroicas tropas del Rey de España. Y Francisco Verdugo..... no los rechaza; por el contrario, los recibe con muestras de agrado, en honor a sus soldados, si bien no deja de manifestar a los comisionados «que más gracias daba a Dios por lo que dos días antes no le habían querido dar por su dinero y ahora se lo daban sin pedírselo».

¿Por dónde terminarán estos frisonos? Por lo pronto hólganse noticiando a Farnesio su regocijo, por el triunfo hallado sobre los «rebeldes por el nuevo Capitán General de Frisia» y, a la vez..... le hacen presente el estado de penuria porque atraviesa el país a causa de las guerras, que todo lo aniquilan.

Francisco Verdugo comunica, asimismo, a Farnesio cuál es la situación de sus tropas y el trabajo realizado hasta derrotar al ejército con que el General Norris venía asediando a Groninga. Todo lo relativo al combate en Northorno, llóvalo en pliegos el Capitán Ayudante Pedrosa, natural de Toledo, quien, amablemente recibido por el Regente de Flandes, satisface la justificada ansiedad de Alejandro Farnesio relatando con minuciosos detalles todo lo sucedido,

y reiterando y encareciendo respeto a la necesidad que tiene su General Francisco Verdugo de dineros y de tropas para proseguir la guerra en Frisia; y Alejandro Farnesio, pródigo en elogios a favor del General Verdugo y de sus soldados, y señalando grande interés en procurar auxilios a «tan buen general español», decreta que el Capitán Pedrosa continúe en Tournay..... hasta que pueda ser despachado cumplidamente.....

«No quiso Francisco Verdugo cortar el hilo a sus subcesos» de tener en constante zozobra al contrario, y dispónese a sitiar el fuerte de Niezijl, dejando guarnecido su cuartel de Northorno. De allí ya los alemanes no se muestran propicios a salir sin que se les abone las soldadas respectivas. No importa, va con sus borgoñones y demás leales. La falta de armas será suplida asediando al fuerte por hambre. Mas las lluvias e inundaciones le obligan a desistir de su empeño cuando tan dispuestos y corajudos se encuentran sus soldados. No es posible mantenerse sobre el campo, que prontamente se ha convertido en un fangal, absorbedor de hombres y caballos. Pero la salida hacia el fuerte le ha servido a Verdugo para comprobar la traición de los de Groninga que, mientras a los realistas no asisten «con bastimentos, como habían prometido, antes enviaron dos barcas llenas de vituallas y municiones a los rebeldes al fuerte».

Los de la villa, tratando de «deshacerse de su maldad», aseguran a Verdugo que ellos destinaban el convoy a las tropas del Capitán General y el enemigo lo sorprendió y robó. Mas no por aceptar, de momento, tales disculpas consigue Verdugo que la villa atienda con algún sustento las necesidades de sus soldados. Antes al contrario: «le presentaron dos cartas de Alexandro, una escrita en francés y otra en español, en que le ordenaba les diese la gente que les pidiese a su voluntad, sin cargarles nada, ni pedirles sustento ni otra cosa».

¡Prudencia y calma! musita el leal Francisco Verdugo. Y acatando las órdenes del Regente de Flandes, del egregio sobrino de su Rey, del hijo de Margarita, ya designada por Felipe II para que vuelva a Flandes a encargarse del gobier-

no político, reservando a Farnesio el mando y la dirección de las tropas, Francisco Verdugo..... «dió a los de Groninga la gente que le pidieron.....», y con los restantes soldados, en número bien reducido, retirase al país de Tuent, llevando consigo a uno de los consejeros, y con su ayuda y asistencia se alojó y entretuvo lo mejor que pudo.

De aquí en adelante veremos a nuestro compatriota que, supliendo escaseces de hombres y de pertrechos, actúa en el ejercicio de todas las jerarquías y disciplinas de la milicia, desde general hasta soldado, manejando lo mismo la espada que la azada, la lanza que la pala, el arcabuz que el cañon, y ofreciendo ejemplo a las demás tropas el cariño que a su general profesan las walonas que están bajo su mando y dirección en aquellas inhospitalarias zonas de Frisia. He aquí la vida del General Francisco Verdugo en sus cuarteles de invierno:

Entre tanto, Alejandro Farnesio, obligado a contener sus avances hasta la llegada de refuerzos españoles e italianos, «miraba desde su campo de Tournay, con los brazos cruzados, la campaña que en Frisia sostiene Francisco Verdugo, dando el pecho contra nutrido conjunto de enemigos, bien pertrechados, y entre gentes que entrañan y amparan egoísmos y traiciones».

¡Tournay! Fructifera en verdad ha sido la estratagema de Farnesio iniciando un ataque a Dunkerque, en tanto Verdugo intensificaba su actuación por tierras de Frisia. Entre uno y otro se va consiguiendo dividir al común enemigo. Así se ha logrado que el Príncipe de Epinoy, por auxiliar a Dunkerque, deje en ajenas manos, «quizás más intrépidas que las suyas», el gobierno de la plaza de Tournay: en las de su esposa Cristina de Lalaing; precisamente sobrina de los infortunados Condes de Horn y de Montigny, víctimas del rigorismo del Duque de Alba. Y no obstante ser una mujer la defensora de la plaza asediada por Alejandro Farnesio, la actitud de la gobernadora hace exclamar un día al Príncipe de Orange: «No es Tournay comida para los walones» (1-October-1581).

¿Una mujer? Sí. Tiene Pedro d'Epinoy su Teniente; pero

de hecho es su esposa la que lleva el mando, en previsión, tal vez, de que aquel oficial pueda llegar a una de tantas inteligencias que se suceden en la guerra. Además, en Flandes no son ajenas tampoco las mujeres a tomar parte en la lucha pro-independencia. Y dignísimo es evocar el egregio nombre de la heroica Princesa que no acepta el capitular hasta dos meses después de estar abierta trinchera practicable y cuando la ciudad padece los horrores de la miseria, ¡ah!, y siempre que la guarnición salga de la plaza con armas y bagajes, banderas desplegadas y a tambor batiente. Y así salieron los sitiados, «marchando al frente la varonil Cristina, ruidosamente vitoreada por los sitiadores» (30-1581).

La Historia nos recuerda que el valor, la intrepidez, la serenidad, la inteligencia y el patriotismo de aquella ilustre dama defensora de Tournay culminaron iguales prendas e igual conducta que en otra insigne dama española en situación análoga: en María de Pacheco, en la viuda del Capitán y regidor toledano Juan de Padilla. Una y otra, a impulsos de muy generosos sentimientos, supieron inflamar los corazones de los defensores de las plazas que a ellas correspondían con sus decididas y ejemplarizadoras actuaciones.

Cristina de Lalaing, en Tournay, y María de Pacheco, en Toledo, exentas del brazo protector del esposo, supieron acariciar numantinos pensamientos contra opresor más poderoso que la defensa de que tan incomparables mujeres disponían. ¡Llor a las mujeres que saben hacer ofrenda de su vida en holocausto de su Patria amada!

¡Tournay! Ahora ya le será asequible a Farnesio socorrer a Verdugo; volverán a éste los reîtres que de Frisia salieron en ayuda de Farnesio para el sitio de Tournay; probablemente recibirá muy pronto el Capitán General de Frisia algunos refuerzos por lo menos, y tal vez también auxilios de orden económico tan imprescindibles para «alentar a los dos regimientos alemanes».....

¡Vanas esperanzas! Ahora lo que llegará a Francisco Verdugo es..... la cruenta odisea que le está reservada durante las postrimerías de la influencia española en los apartados

y desatendidos Estados flamencos. Cuando la falta de pagas y la escasez de municiones, de boca y de guerra, engendran el desbordamiento de la indisciplina, y tal incremento alcanza el número de rebeldes, y tan alarmantes circunstancias se preludian y hacen cundir el sobresalto y la intranquilidad, que las mismas provincias flamencas no ven otro puerto de salvación que no sea el regreso de aquellos tercios españoles un tiempo aborrecidos y vilipendiados.

Lospreciadosrehenes.

HUMANAMENTE imposible resulta que Francisco Verdugo permanezca inactivo, a pesar de la crudeza invernal y la penuria de sus tropas. Con hábiles maniobras continúa moviendo la atención del contrario, sin lanzarse decidido, cual de ordinario sabe hacerlo, hacia determinado objetivo. Pero llega hasta el pundonoroso general la ingrata nueva de que en Amberes ha sido coronado el Duque de Anjou (19-Febrero-1582), y Verdugo truécase en una tromba. Sin detenerse a medir disponibilidades de boca y de guerra deja libre la válvula de bríos y acometividades de sus soldados, los distribuye con su teniente Tassis y otros oficiales a despejar varios núcleos de enemigos, y él, con unos cuantos arcabuceros, arremete contra los cuatrocientos caballeros que, huídos con vida de Nothorno, fueron a alojarse en el burgo de la villa de Keppel y pretenden apoderarse del castillo de Bronckort. Un lapso de breves horas es suficiente para que orangistas y norristas den con sus cuerpos en tierra y los de Verdugo sean portadores de la caballería, bagajes y estandartes de los vencidos.

Y no se detiene ya aquí Francisco Verdugo. Poco a poco va forjando la llave que permita a Alejandro Farnesio abrir la puerta de acceso al Flandes oriental. A la victoria hallada junto a Keppel enlaza un violento ataque sobre Doesburg, guarnecida por ingleses, da fin de ellos y nuevamente regresa a Groninga a proseguir sus trabajos de fortificación en la entrada de Frisia.

Con tan seguidos y triunfantes movimientos, en tanto Verdugo recoge laureles en la inhospitalaria región frisona, ríndese a Farnesio la populosa Audenarde, plaza en la que mostróse elemento «en honor y respeto a ser la patria de su madre Margarita». Las aspiraciones de Verdugo toman cuerpo, contra los deseos de sus émulos, que parece no partici-

pan de la misma opinión que Farnesio respecto al Capitán General de Frisia. El caso es que éste, con sus actuaciones, apreciadas por el Regente, tiene soliviantado, cuando no roto, al rebelde, y Tournay y Audenarde son ya estribos del puente por el que pasará Farnesio al Flandes oriental. Unas jornadas más y Bruselas y Amberes pueden ofrecer espléndidos días. (5-Julio-1582.)

Sucesivamente dispónese Francisco Verdugo a facilitar otra entrada: a la extensa comarca que flanquean el Rhin y el Issel. Cierto es que no recibe socorro alguno Verdugo; pero con su peculiar tenacidad y su incansable perseverancia sigue eslabonando señaladas fortunas, así sobre el francamente poderoso y batallador enemigo como sobre el latente estado de doblez, de infidelidad y de traición que en el país impera.

La entrada que hay que abrir para darse la mano con Farnesio, está desesperadamente guardada por el Príncipe de Orange desde las plazas de Zutphen y Deventer. Entre ellas álzase la de Lochem y contra ella, pues, una vez organizadas las escasas huestes de que dispone Verdugo; más escasas en el momento, al negarse a salir a campaña los dos regimientos alemanes que tiene en Northorno, hasta no recibir la soldada por adelantado. No es esto para Francisco Verdugo, inusitado contratiempo. Otro tanto le ha ocurrido a Alejandro Farnesio con el tercio viejo alemán, ante el sitio puesto a Audenarde, donde la persuasión comenzó a mandobles y cuchilladas y culminó pendiendo de la horca veintiuno de los más significados cabezas del motín. El resto..... ¡de frente, marchen...! (25-Julio-1582.)

En la ocasión que a Verdugo se le presenta no conviene el usar de tan inminentes persuasivos. Es todo un carácter el Capitán General de Frisia. Ahora..... se encuentra pronto al asedio a Lochem en un decisivo instante, cuando las faltas de municiones y de hombres y de bastimentos han de suplirse con denuedos y ardidés más disimulados. Ya se entenderá con aquéllos, más adelante. Ahora que, con sus merodistas excursiones, también contribuyan a distraer a los de Norris, rumbo septentrión.

Y marcha Francisco Verdugo en demanda de pólvora a Lingen, a la villa que Guillermo de Nassau vendió a Carlos I. Confía en hallar fácilmente tan imprescindible munición y hasta algunas vituallas para sus ajetreados soldados. Al fin, Lingen es plaza sujeta a su jurisdicción; pero el dro-sarte se la niega, so pretexto de que aún no llegó a manos del heroico toledano la patente o despacho de Gobernador de aquella provincia, sino la de Capitán General de Frisia..... No; la verdadera causa de la negativa es el no desagradar al Príncipe de Orange, a quien las plazas de Deventer y Zutphen anuncian que se rendirán a Francisco Verdugo si no se presta inmediato socorro a la de Lochem; y Verdugo, que no se abate fácilmente, apremia también al dro-sarte de Lingen, hasta ofrecerle en prendas a su esposa y dos hijas que le acompañan, jurando que no retirará tan amados rehenes sin devolver o abonar las municiones que necesita. Ante tan sin igual proceder responde caballeroso el Gobernador de Lingen. «No pudo un soldado, dice el capitán Alonso Vázquez, hacer más por su Rey que empeñar su misma carne y sangre por no faltar a su servicio, demás de correr el peligro que corría en poner a riesgo la reputación de su mujer e hijas, cosa digna de escribirse y de eternizalla, para que el tiempo ni el olvido la consuma.»

Pero la carta está echada. Al convincente contundir de Farnesio por el Sur y de Verdugo por el Norte, y que tanto influye sobre los incondicionales de Anjou y de Orange», súmase el que las provincias se encuentran cada día más esclavizadas por las tropas francesas del Duque de Anjou y las inglesas enviadas por la Reina Isabel, y cunde el descontento entre los mismos walones, y son ellos mismos, los que por la «Unión» impusieron la salida de los españoles de Flandes, quienes volviendo de sus equivocados juicios solicitan insistentemente que regresen a toda prisa los Tercios a los Estados.

De nuevo aquellos antes aborrecidos Tercios, y ahora tan solicitados, son acogidos en Flandes con el júbilo que corroboran vibrar de clarines, voltear de campanas, estentóreos vítores y alegres canciones. No hay exageración en expresar

la forma con que son recibidos los dos Tercios españoles entrados en Flandes. Uno tiene por Maestre de campo al bondadoso y renombrado Pedro de Paz, que trae por Sargento mayor al arriesgado hijo de Toledo Andrés Espinosa; el otro Tercio, que lo fué de Pedro de Toledo, viene al frente del afamado Coronel Cristóbal Mondragón.

Coincide la llegada de los cuatro mil españoles a Flandes con el aviso de Juan Bautista Tassis, teniente de Francisco Verdugo, participando que no puede sustentarse en el país de Tuent; y como la obsesión del Capitán General de Frisia es desplegar la máxima eficiencia colaboradora en pro de los anhelos de Farnesio, a Tassis comisiona Verdugo que siga en plan de riza camino de Zutphen, donde tendrá tarea y sustentará a la tropa.

Al propio tiempo encarece Verdugo a Farnesio el inmediato envío de «algún socorro de dineros y de gente», pues para vencer al poderoso enemigo precisa de soldados y a éstos ha de abonarse las soldadas, para evitar el que huyendo de la necesidad abandonen sus banderas. Nada, no hay por qué alarmarse, asesoran a Farnesio los acostumbrados émulos que en el Consejo del Regente se goza el Capitán General de Frisia. «Verdugo lo sabrá muy bien hacer», dicen unos; otro parece que se permitió la expansión de pedir la cabeza de Verdugo por haberse metido en el lío de Lochem sin previa noticia ni autorización del Consejo (?) Quizás a la vista de tan encontrada opinión no da, en principio, Farnesio, mucho cuidado su asistencia.

Empero a la par, los lugares y villas convecinas a Lochem anuncian al de Valois y al de Nassau que de no acudir en su socorro pasarán bajo la protección decidida del General Verdugo. Y aquellos no se abandonan a demoras, conocen muy bien a «sus vasallos» y apresuran la marcha de un lucido ejército, en el que forman tropas francesas, con Guillermo Luis de Nassau y el Conde de Hohenlohe, e inglesas del general Jean Norris, y esto hace ya reaccionar a Farnesio, que tan apretado y empeñado se encuentra también en el sitio puesto a Gante. No, no tiene olvidado a Francisco Verdugo y reconoce la urgencia del auxilio; «pero deseaba oca-

sión para poderlo hacer con más comodidad y no desabrigar su ejército» hasta arrinconar al Duque de Anjou. Por eso no se presentan a Verdugo, en Lochem, más que «el viejo Conde Carlos, que se dice Conde de Mansfels», y el hermano del de Berlaymont, con quinientos reitres y algunos walones del antiguo regimiento de Mondragón. ¡Ya está bien! Lo demás lo suplirá con..... su celo Francisco Verdugo. (25-Julio-1582).

Después..... la táctica peculiar de Verdugo, en el distribuir, para contentar a sus tropas, escudos y municiones. Algo evocador del divino milagro de los panes y los peces. Luego la saturación de cálidas arengas, de viriles energías, de acometedores ejemplos, de los que tanto sabe el general toledano, y..... ¡Santiago y España; y los soldados de Verdugo, sin dar paz a la mano, saben batir al contrario sobre aquellas tierras en que se eleva la cisterciense abadía que en 1163 fundara el Conde Wilbrando won Hablermund.

Después..... allá va, camino de Gante, el Capitán Alonso Frías, llevando a Alejandro Farnesio el sinnúmero de banderas y estandartes ganados por Francisco Verdugo en desiguales combates (29-Agosto-1582).

Como en casos análogos, acoge Farnesio con la mayor merced y agasajo al capitán, haciendo cumplido elogio de Francisco Verdugo, máxime al hallar entre tan preciados trofeos los blasones de su enconado enemigo el Duque de Anjou. Y asimismo, al igual que en otros momentos, muéstrase dolido Alejandro Farnesio de «no ser posible socorrer con hombres, y menos con dineros, al valeroso y acreditado General Verdugo», quien en el Castillo de Lingen aguarda con su esposa e hijas auxilios que no llegan ni en forma de gentes ni de ducados, muy urgentes estos últimos en evitación de que todos los soldados, siguiendo el proceder de los alemanes, lleguen a oponerse a continuar en los trabaxos y cansancios de la champaña si el Capitán General de Frisia no les entrega las pagas.»

Y por enésima vez Farnesio le hace presente a Verdugo la imposibilidad en que se encuentra. Es cierto; no tiene un real y está pasando lo suyo, no ya sólo con los alemanes, sí

que también con walones, borgoñones e italianos, y con la peste, que ha atacado a sus tropas y al mismo Farnesio. «El General Verdugo sabrá, conforme a otras ocasiones salir del apuro. Su zelo será siempre el mismo en Flandes». Efectivamente: Francisco Verdugo, perdurando en sus determinaciones, no se arredra ante tanto abandono y tan alarmante asomo de motín. «Con buen orden, pone un recibidor y tesorero en quien entran todas las contribuciones, y con cuenta y razón socorria dellas a los soldados, cargándoselas a sus sueldos y se les descontaba de lo que recibian, dando dello cuenta al Presidente y Consexo de Frisia».

Y Verdugo, en su incesante actividad, apodérase de la importante plaza de Stennwyk (17-Septiembre-1582) y atiende al asedio y a la defensa de otras muchas, y así se encuentra en Groninga, en Stennwyk, en Coevorden, en Oldenzaal, en Brokulo, en Goor, en Enschede, y con provechosas correrías lleva por Frisia a su Teniente Tassis hasta las puertas de Leeuwarden, y desciende de nuevo hacia el Sur, sobre Deventer, Lochem y Doesburg, amenazando a Zutphen, con cuya posesión queda abierta a Farnesio la entrada a todo el país comprendido entre el Rhin y el Issel, y con cuyas correrías también llama por esta zona la atención de los rebeldes..... para que Farnesio se incaute de Dunkerque y Newport y pueda cerrar el paso al enemigo y conseguir franca comunicación marítima con España (1583).

De la hermosa Amberes.

TODO marcha a pedir de boca. Los rivales de Verdugo en el Consejo de los Estados reconocen, aun cuando doliéndose de las fortunas del español, que las operaciones realizadas por el Capitán General de Frisia coadyuvan en alto grado al plan que desde hace cuatro años desea culminar Alejandro Farnesio. Zutphen, en efecto, a más de ser «buena cabeza de puente sobre el Issel» es positiva amenaza para Utrech. (15-Septiembre-1583).

Un intento más y mientras Francisco Verdugo contiene al contrario por todo el territorio comprendido desde Groninga a las márgenes del Issel, las tropas que siguen a Alejandro Farnesio en Flandes y en Brabante conseguirán adueñarse de estas dos comarcas. Ipres y Brujas también se entregaron a los españoles. (12-Abril y 20-Mayo-1584).

Han de aprovecharse las circunstancias. Hay que apagar el infierno que arde en Colonia, desde que el Príncipe-Obispo del electorado contrajo matrimonio con la canonesa Inés de Mansfeld. De otro lado, los descalabros que sufren las tropas francesas acrecientan los ánimos de las de Farnesio. «En Frisia continúa ganando ventajas y terreno el General Verdugo» y el Príncipe de Orange, «destituído, contrariado y vejado por el gobierno rebelde, silvado y apedreado por las turbas atumultadas en las calles de Amberes, se recogía de nuevo a su nido de Holanda». Días más tarde caía asesinado en Delft por el fanático Baltasar Gerard. (10-Julio-1584). Ha de afrontarse un momento supremo.

En la opulenta Amberes cunde imponente rebelión. El conquistar la más inexpugnable plaza de Flandes es temeraria empresa; pero su posesión señalará la más memorable efeméride de España en Flandes. Allá van los tercios camino de Amberes. Decididos, animosos, enardecidos al redoble de las cajas y al vibrar de los clarines; con las banderas mecidas por el viento, al hombro el arcabuz los unos,

enhiestas las picas los otros, dispuestas las pistolas y tajantes las hachas los reitres, y todos impulsando el marchar de los trenes de asalto, de los encabalgamientos de pesadas piezas, de puentes de barcas y estacadas, con marcial gallardía, recios y diestros, alentados y sufridos para lo fatigoso de la jornada (10-Julio-1584).

¡Qué diferencia entre aquellos días en que los tercios, escarnecidos y expulsados de Flandes, salieron camino de Italia y estos días en que, aclamados por los flamencos, siguen en pos de laureles hacia la vasta campiña que orilla el Escalda, de donde emerge la potente plaza de Amberes!

Ya el cerco de Amberes se ha resuelto. Avanza la obra de ocupación de estratégicos lugares. Bruselas, Nimega, Malinas, Termonde y Gante, también abren las puertas a los españoles. Sucédense prodigios de estratagemas, de poliercética, de acometividades y de heroísmos; y en el transcurso de catorce meses, a que obliga el asedio, entran en acción todos los factores de la ciencia militar de la época, porque improvisáronse fortalezas sobre los ríos y abriéronse minas y rebellines bajo su cauce, y cerráronse los pasos de las corrientes de agua y lleváronse contra las trincheras caudalosos canales, y rompiendo las barreras del Occéano anegóse la campiña, e interrumpióse el curso del Escalda, y obstaculizóse el auxilio de Amberes y forjáronse diques y parapetos y traveses y cegáronse fosos..... con los cuerpos de los mismos luchadores que dieron su vida en el fragor de la pelea..... y alcanzóse el triunfo que fué maravilla y asombro de Europa..... (29-Agosto-1585).

«¡Nuestra es Amberes!», exclama Felipe II, más gozoso que cuando los días de triunfos en San Quintín y en Lepanto, tocando a la puerta del dormitorio de su hija Isabel Clara, la futura soberana de Flandes, tan pronto llega a palacio la fausta noticia de la entrada de Alejandro Farnesio en la ciudad-cabeza del Marquesado del Sacro Imperio.

¿Y quiénes realizaron las proezas eslabonadas en Amberes? Los mismos elementos que en numantinas rotas y en asombrosas victorias venían fertilizando con su sangre los campos de Flandes para cosechar laureles en honor y gloria

de España; el característico puñado de soldados «con las piernas al aire y el estómago vacío» que llevaban por guías a los famosos Coroneles Cristóbal Mondragón y Gaspar Robles y a Maestres de campo de la alcurnia de Pedro Paz, Pedro Tassis y Conde de Mansfeld, seguido de avezada oficialidad. Los mandos, con su inteligente actividad y ejemplar arrogancia, y el soldado con su incomparable arrojo y desprecio al peligro, y todos, secundando órdenes y disposiciones de Alejandro Farnesio, culminaron la titánica empresa que, por sí sola, confirma y ensalza la bien conquistada corona de gloria que enmarca el nombre del Príncipe de Parma.

Ahora bien; si en Amberes no hallamos personalmente a Francisco Verdugo, en las gestas que iniciaron el asedio y en él se sucedieron, no estuvo ausente su alma ni la de la hidalga provincia de Toledo; que en Amberes se distinguieron, a más del Maestre de campo Gabriel Niño, los Capitanes Pedro de Castro, ayudante de órdenes de Farnesio, Rodrigo Lasso, terror de los rebeldes, Alonso de Vargas, que no escatimó su sangre en reencuentros y asaltos, Francisco de Padilla, Luis de Toledo y Luis de Avalos, la mejor lanza de Flandes, que tras inconcebible luchar rindieron bravamente su vida; y el Sargento mayor Andrés Espinosa, que supo morir con su Maestre de campo Pedro de Paz, dando ejemplo a los suyos; y el Alférez Pedro de Avalos, arrogante y temido jinete, y el Sargento Pedro Verdugo, de gran pericia y ánimo, y Alonso de Mesa, y Juan González de Riaza, y cien más arriscados soldados que cabe las murallas de la Imperial Ciudad nacieron. Y sumáronse a tan briosa falange: Fernando Girón, de grata memoria para su patria chica, Talavera de la Reina; y el valiente Capitán Alonso de Solís y sus coterráneos los soldados Alonso Vázquez, ya acreditado en Maestricht, y Juan Sánchez de la Rosa y Pedro Díaz Peces, cuatro denodados hijos de la ascentral Corte de los Grandes Maestres de Santiago: Ocaña; y Diego de Rojas, valeroso Capitán de Puebla de Montalbán; y Juan Arias, otro bizarro capitán hechura de Farnesio, natural de Villarrubia de Santiago; y Andrés Salcedo, asimismo capitán muy estimado de

Farnesio; y aún parece verse allá a Antonio Gallo, culto y arriesgado soldado nacido en Santa Cruz de la Zarza, y.... para no transcribir tanto merecedor nombre de tanto toledano hasta entonces anónimo, cerramos la lista citando a «Miguel Hernández, capellán del ejército y de la Corte de Alexandro Farnesse», natural de Mora de Toledo, al que es deudora de Toledo de atesorar en su primorosa Iglesia Catedral Primada el cuerpo de Santa Leocadia, traída por aquél docto jesuita desde la benedictina abadía de Sain Ghislain.

Llegados a este punto, hemos de hacer una pequeña digresión, en homenaje a Flandes y a Toledo.

A Flandes, y en la persona de Balduino de Bouillón, «príncipe amigo», y luego Rey de Jerusalén, que con otros próceres flamencos auxilió a Alfonso VI en la conquista de Toledo, cedió el Monarca castellano el cuerpo de la virgen toledana juntamente con el de San Sulpicio, por ser de Flandes, que estaba en Oviedo.

El cronista del Reino, Esteban de Garibay, enamorado de Toledo, ciudad-cuna de su esposa y de varios de sus hijos, indagó el paradero de aquella reliquia. Otra esclarecida hija de Toledo, la infortunada Reina Juana, había interesado grandemente de su hijo Carlos I la búsqueda y reversión del cuerpo de su compatricia; y no menores anhelos entrañó el cabildo y el prelado toledano Alonso Manrique.

El Padre Hernández, enterado por el Capitán toledano Pedro de Castro y el soldado olcadense Alonso Vázquez del depósito que guardaban los monjes Benitos, inmediatos a Mons, y eficazmente apoyado por Alejandro Farnesio, interpretó tan justos deseos «y a su habilidad y perseverancia se debió el feliz resultado del negocio». El cuerpo de Santa Leocadia fué traído desde Tournay, encerrado en un vaciado tronco de nogal, forrado de terciopelo carmesí galonado de oro; y una vez guardado en valiosa y artística arqueta en la Catedral de Toledo, el tronco se regaló a la Iglesia Magistral de Alcalá de Henares, y en él quedaron los cuerpos de los mártires Santos Justo y Pástor.

Otro cronista de Felipe II, el toledano Luis Cabrera de

Córdoba, ilustre hijo de Ocaña, ofrece fuente de conocimiento para la traslación del cuerpo de Santa Leocadia a Toledo.

Y volviendo al momento de Amberes, ha de repetirse que Francisco Verdugo no actuó de manera directa en el asedio y en el asalto a la encantadora ciudad que con virtuoso orgullo retrata en sus aguas el soberbio Escalda, y es privilegiada patria del arte de los Teniers, Jordaens y Van-Dyck y fervoroso relicario del amor y del genio de Rubens.

No, el Capitán General de Frisia no hallóse en tal ocasión en Amberes. Sus colaboradoras actividades en pro de los planes de Alejandro Farnesio continuó desplegándolas, con reducido núcleo de tropas dislocadas en muchos destacamentos y guarniciones, impidiendo la entrada de «levas que los holandeses hacían en Alemania» y teniendo en constante jaque a Guillermo Luis de Nassau y al Conde de Hohenlohe por Frisisa, Güeldres y Oweryssel. Así ha prestado auxilio Francisco Verdugo a Alejandro Farnesio, ya Duque de Parma, en la magna empresa de Amberes. Así ha reconocido el Regente de Flandes la actuación del toledano general y así acrecienta éste su valer cerca del Consejo.

Bueno, pues a tanta serie de merecimientos conquistados por nuestro compatriota, ha de agregarse que Francisco Verdugo viene ejerciendo los delicados cargos de Gobernador de Frisia, de Groninga, de Oweryssel, de Drenthe, de Lingen, etc., sin percibir los emolumentos asignados a los gobernadores de aquellas comarcas; y no formuló petición respecto a ella, aun cuando ha más de un año que Farnesio, volviendo por los fueros de la equidad y la justicia, refrendó y cursó un decreto a Georje Westendorpe, del Consejo de Su Majestad y Su recibidor general en Frisia, diciéndole:

«Caro y amado. Como desde el mes de Julio del año pasado de mil quinientos ochenta y uno, enviamos a las villas y países de Frisia, Groninga, Omlandes, Overysel, Drenthe y Lingen al nuestro querido Francisco de Verdugo, Coronel por Su Majestad, para tener allí a su cargo y mandar a toda la gente de guerra, así caballería como infantería, que asiste en esas partes hasta que Su Majestad mandare otra cosa, donde el dicho Coronel Verdugo ha hecho muchos, muy

buenos y particulares servicios, y los anda continuando, sin que hasta ahora, en razón del dicho cargo, haya tenido ni gozado de ningun entretenimiento por vía de las dichas provincias; y por cuanto que ahora nos ha parecido bien el hacerle merced por vía de ayuda de costa sobre la recepta y administración general de Frisia, de conformidad con una orden que en este particular se ha despachado, de la suma de mil seiscientos florines, de a veinte plazas cada uno, moneda de Brabante, en cada un año, comenzados a correr desde primero de agosto de 1581, y durante todo el tiempo que sirviere el dicho cargo, o hasta que Su Majestad mandare otra cosa: Os ordenamos y mandamos, en su Real nombre y por parte de Su Majestad, que en lugar del entretenimiento que tuvieron los Gobernadores de las dichas provincias, y el cual, por lo pasado por vuestra recepción ha sido asignado, deis y pagueis al dicho Coronel Verdugo, de los dineros de vuestro cargo, la dicha suma de mil seiscientos florines en cada un año, a comenzar y a durar el dicho tiempo en la forma y manera que en dicha orden más largo se contiene y con copia auténtica de ella y carta de pago del dicho Coronel Verdugo, lo cual todo se os recibirá en cuenta donde y como conviniere; y en ello no hagais falta, que tal es nuestra voluntad. Dada en Tornay, a 17 de Enero de 1.584=A seruitio de v. m.=Aless^o Farnese». (Traducido del flamenco).

Adolfo Aragónés de la Encarnación,

**Académico Numerario Fundador
y ex Secretario Perpetuo.**

(Continuará en el próximo número.)